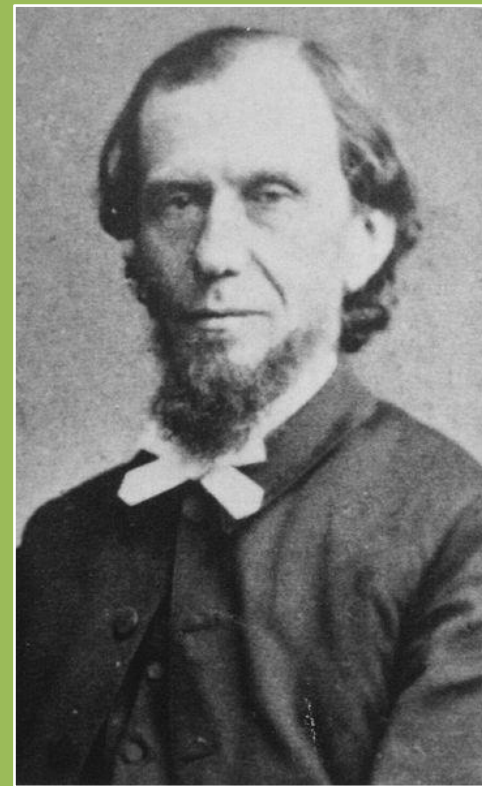


**ANDREW
MURRAY**

ESPERANDO EN DIOS



MENSAJES DIARIOS PARA UN MES

© 2008 LIBROS CLIE – EDICIÓN

ELECTRÓNICA

MENSAJE DE FREDA HANBURY

Alma mía, reposa solamente en Dios. (Salmo 62:5.) Dios... obra en favor del que en él espera. (Isaías 64:4.) Espera en Dios, oh alma mía, y reposa, deja que Dios despliegue su voluntad perfecta; es mejor que le sigas tú en todo momento, que con oído atento su dulce voz escuches, que seas en sus manos instrumento pasivo poseído por Dios, espíritu por El enviado, siempre pronto al servicio... y que estés quieto.

Porque ésta es la sola manera en que puedes cumplir sus deseos. No pongas estorbo a su mano tratando de formar la vasija por El planeada. «Guarda ante Dios silencio», y podrás conocer la dulce, la sosegada calma que El concede a los que en El esperan; con ello su Presencia tendrás siempre ante ti; y su vida y su luz alumbrarán la noche más oscura. Y en la tierra sembrarás de su amor la simiente, proclamarás por doquier su alabanza.

Y su obra podrá ser realizada a través de la tuya, una vez su mano poderosa te haya transformado a ti mismo según su propósito. Cual crisol que funde la escoria, serás limpio: un vaso escogido para Dios. Frágil, vacío, pero lleno de su vida y su amor podrá más libremente circular por ti el poder de Dios, y así su obra a través de ti será realizada. Estate quieto y verás las victorias que Dios va a ganar para ti; silencioso y con todo irresistible hará por ti portentos imposibles.

No dudes ni un momento lo que puede hacer El por ti. Tú en cambio nada puedes. Pero, El realizará la obra sin desmayo; obra que tus mejores esfuerzos nunca harían. Así que, alma, espera, estate quieta; es Dios quien por ti obra, su voluntad perfecta. Si tú no te conformas con nada menos que esto, El hará lo mejor y ésta será tu parte ahora y por la eternidad.

SUMARIO DE UN MENSAJE DADO EN EXETER HALL

Me ha sorprendido el número de cartas que vengo recibiendo de misioneros y otros, desde todas partes del mundo, hombres y mujeres piadosos, que testifican de la necesidad que sienten en su obra de recibir ayuda para una comprensión más profunda y clara de todo lo que Cristo puede ser para ellos. Fijemos la vista en Dios, para que se nos revele El mismo a nosotros, su pueblo, y lo hará en una medida que pocos creerían posible. Esperemos grandes cosas de nuestro Dios. En todas nuestras convenciones y asambleas se dedica poco tiempo a esperar en Dios. ¿No está El dispuesto y deseoso de enderezar las cosas a su manera divina? ¿Ha alcanzado la vida del pueblo de Dios el límite máximo de lo que El está dispuesto a hacer por su pueblo? Sin duda no es así. Queremos esperar en El; dejar de lado nuestras experiencias, por benditas que hayan sido; nuestros conceptos de la verdad, por sanos y escriturales que los consideremos; nuestros planes, a pesar de lo necesarios y apropiados que nos parezcan; y dar tiempo y espacio a Dios, para que nos muestre lo que puede hacer, lo que va a hacer. Dios tiene nuevos desarrollos y nuevos recursos. Dios puede hacer cosas nuevas, insospechadas, escondidas. Hagamos mayores nuestras expectativas y no le pongamos límites. «Cuando descienes, haces cosas terribles que no esperamos; las montañas se derriten ante tu presencia.»

PREFACIO

Antes de salir de mi país de residencia para venir a Inglaterra, había sentido ya hasta qué punto, en toda nuestra vida religiosa, personal y pública, necesitamos más a Dios. Sentía que necesitábamos entrenar a nuestra gente en su adoración a Dios, a esperar más en El y a cultivar un sentido profundo de su presencia, de un contacto más directo con Dios, de una dependencia completa en El, de un propósito definido en nuestro ministerio. En el banquete de bienvenida en Exeter Hall, di simple expresión a este pensamiento en relación con toda nuestra obra religiosa. Ya he dicho en otra parte que quedé sorprendido por la respuesta con que fue recibido este sentimiento. Vi que el Espíritu de Dios había estado obrando el mismo deseo en muchos corazones.

Las experiencias del año pasado, personales y públicas, han profundizado en gran manera esta convicción. Es como si yo mismo estuviera empezando a ver que la verdad más profunda respecto a Dios, y nuestra relación con El, se centra en el esperar en El, y cuán poco en nuestra vida y en nuestra obra, está rodeado por este espíritu. En las páginas siguientes hay el resultado de mi convicción y el deseo de dirigir la atención del pueblo de Dios al gran remedio para nuestras necesidades. La mayoría de estas cuartillas fueron escritas a bordo durante el viaje. Me temo que algunas páginas resulten algo apresuradas y necesiten pulimento. He pensado que debería volver a escribirlas. Pero no puedo hacerlo ahora. Así que os las envío con una oración: que Aquel que se goza en hacer uso de lo débil quiera darles su bendición.

No sé si me será posible expresar en unas pocas palabras las cosas principales que necesitamos aprender. En una nota al final de un libro sobre Law he dicho algunas. Pero, lo que quiero decir aquí es lo siguiente: La gran deficiencia en nuestra religión es que no conocemos a Dios. La respuesta a toda queja de debilidad y fracaso, el mensaje a toda congregación o convención que busca ser instruida en la santidad, debería ser simple: ¿Qué es lo que os falta? ¿No tenéis a Dios? Si realmente creéis en Dios, El os enderezará. Dios está dispuesto y puede hacerlo, por medio de su Santo Espíritu. Deja de esperar nada de ti, y un mínimo de ayuda de todo lo que procede del hombre, y entrégate sin reservas a Dios para tu obra. Él lo hará todo por ti.

¡Cuán simple parece esto! Y, sin embargo, éste es el mensaje que conocemos tan poco. Me avergüenzo al enviaros estas meditaciones tan defectuosas; me atrevo sólo por amor a los hermanos y a nuestro Dios. Que El las use para acercarnos a Él, para que aprendamos en la práctica y en la experiencia el bendito arte de esperar sólo en Dios. Ojalá que Dios nos dé un concepto adecuado de cuál sería la influencia de una vida empleada, no en especulación, o imaginación, o

esfuerzo, sino en el poder del Espíritu Santo, esperando plenamente en Dios.

Con mis saludos en Cristo a todos los santos a quienes he tenido el privilegio de conocer, y también a aquellos que no he tenido el privilegio de conocer, me repito, vuestro hermano y servidor,

ANDREW MURRAY

DÍA 01: EL DIOS DE NUESTRA SALVACIÓN

Solamente en Dios descansa mi alma; de El viene mi salvación. (Salmo 62:1)

Si la salvación viene verdaderamente de Dios, y es enteramente obra suya, como fue nuestra creación, resulta, de modo natural, que nuestro principal deber es esperar en El para que haga la obra como a Él le agrade. El esperar pasa a ser el único camino para llegar a la experiencia de la plena salvación, el único camino, en realidad, de conocer a Dios como el Dios de nuestra salvación. Todas las dificultades que se pueden esperar, impidiéndonos la plena salvación, tienen su origen en esto: el conocimiento y la práctica deficientes de esperar en Dios. Todo lo que la Iglesia y sus miembros necesitan para la manifestación del gran poder de Dios en el mundo es regresar a nuestro lugar debido, el lugar que nos corresponde, lo mismo en la creación que en la redención, el lugar de una dependencia absoluta e incesante en Dios. Esforcémonos por ver cuáles son los elementos que hacen esta espera en Dios bendita y necesaria. Puede sernos de ayuda para descubrir las razones por las que la gracia es tan poco cultivada, y sentir lo infinitamente deseable que es que la Iglesia, y nosotros mismos, descubramos este bendito secreto a cualquier precio.

La necesidad profunda de este esperar en Dios se halla igualmente en la naturaleza del hombre y la naturaleza de Dios. Dios, como Creador, formó al hombre, para que fuera un vaso en el cual El pudiera manifestar su poder y su bondad. El hombre no había de tener en sí la fuente de su vida, su fuerza, su felicidad. El Dios eterno y viviente había de ser en todo momento el que le comunicara todo lo que necesitaba. La gloria y la bienaventuranza de Dios no habían de ser su independencia, o sea, el depender de sí mismo, sino el depender de Dios en sus infinitas riquezas y amor. El hombre había de tener el gozo de recibirlo todo, en todo momento de la plenitud de Dios. Este era el estado de bienaventuranza de la criatura, antes de la caída.

Cuando tuvo lugar la caída, pasó a ser aún más dependiente de Él, de forma absoluta. No podía haber la más pequeña esperanza de recuperación de su estado de muerte sino en Dios, en su poder y en su misericordia. Es sólo Dios que empezó la obra de la redención. Es sólo Dios que la continuó y la lleva a cabo, en todo momento en cada creyente individual. Incluso en el hombre regenerado no hay poder de bondad en él. No puede ni tiene nada que no lo haya recibido; y el esperar en Dios le es igualmente indispensable, y debe ser tan continuo e incesante, como el respirar que mantiene su vida natural.

Es, pues, porque los creyentes no conocen bien su relación de absoluta pobreza e invalidez, con respecto a Dios, que no tienen sentido de su dependencia absoluta e incesante, y de la bienaventuranza inefable

de esperar en Dios de modo continuo. Pero, una vez un creyente ha empezado verlo, y consiente en ello, por medio del Espíritu Santo recibe en todo momento lo que Dios obra el esperar en Dios pasa a ser su esperanza y su gozo. Al captar cómo Dios, en cuanto Dios y amo infinito, se deleita en impartirle su propia naturaleza a su hijo, tan plenamente como este hijo puede aceptarlo, cómo Dios no se cansa en ningún momento de cuidar de su vida y fortalecerle el creyente se maravilla de que hubiera pensado con respecto a Dios de modo distinto al de un Dios en quien esperar constantemente. Dios dando y obrando sin cesar; el hijo incesantemente esperando y recibiendo; ésta es la vida bienaventurada.

«Solamente en Dios descansa mi alma; de Él viene mi salvación.» Primero esperamos en Dios: para recibir la salvación. Luego sabemos que la salvación es sólo para llevarnos a Dios y enseñar nos a esperar en Él. Luego encontramos que hace algo mejor todavía, que el esperar en Dios es en sí mismo la mayor salvación. Es darle a Él la gloria de serlo Todo; es experimentar que Él es e todo en nosotros. ¡Que Dios nos enseñe la bienaventuranza de esperar en Él!

¡Alma mía espera sólo en Dios!

DÍA 02: EL LEMA DE LA VIDA

¡Tu salvación esperé, oh Jehová! (Génesis 49:8.)

No es fácil decir exactamente en qué sentido usó Jacob estas palabras, en medio de sus profecías con respecto al futuro de sus hijos. Pero, sin duda indican que tanto él como sus hijos esperaban solamente en Dios. Era la salvación de Dios lo que esperaban; una salvación que Dios había prometido y que Dios sólo podía obrar. Jacob sabía que tanto él como sus hijos estaban bajo el cuidado de Dios. Jehová, el Dios eterno, mostraría en ellos su poder. Estas palabras señalan la maravillosa historia de la redención, que no ha concluido todavía, y el glorioso futuro en la eternidad a la cual conduce. Nos sugieren que no hay más salvación que la salvación de Dios, y que el esperar de Dios esta salvación, sea para nuestra experiencia personal, o para círculos más extensos, es nuestro primer deber y nuestra verdadera bienaventuranza.

Pensemos en nosotros mismos y en la gloriosa salvación que Dios ha obrado por nosotros en

Cristo, y que ahora quiere perfeccionar en nosotros por medio del Espíritu Santo. Meditemos hasta que comprendamos que cada participación en su gran salvación, momento tras momento, debe ser la obra de Dios mismo. Dios no puede separarse de su gracia, bondad, fuerza, como algo externo que nos entrega, como si se tratara de las gotas de lluvia que envía del cielo. No, El sólo puede dárnosla, y nosotros podemos disfrutar de ella obrándola directamente en nosotros y de modo incesante. Y la única razón por la que no la realiza más efectiva y continuamente es porque no le dejamos. Se lo impedimos, sea por nuestra indiferencia o por nuestro esfuerzo propio, de manera que El no puede hacer lo que desea. Lo que nos pide, nuestra entrega, obediencia, deseo y confianza, todo ello está comprendido en esta palabra: esperar en El, esperar nuestra salvación de Él. Aquí se combina un sentimiento profundo de la total invalidez nuestra para hacer lo que es bueno a los ojos de Dios, y nuestra perfecta confianza en que Dios lo hará con su divino poder.

Vuelvo a decir que meditemos en la divina gloria de la salvación que Dios quiere obrar en nosotros, hasta que conozcamos las verdades que implica. Nuestro corazón es la escena de una operación divina más maravillosa que la Creación. No podemos hacer más para realizar esta obra de lo que podemos hacer para crear un mundo, excepto en cuanto Dios obra en nosotros el querer y el hacer. Dios sólo nos pide que cedamos, nos rindamos, esperemos en El, para que El lo haga todo. Meditemos y estemos quietos, hasta ver cuán a propósito y recto y bendito es que Dios solo lo haga todo, y que nuestra alma quiera postrarse en humildad y decir: «He esperado tu salvación, oh Jehová.» Y

el fondo de todas nuestras oraciones y obra será: «Verdaderamente mi alma espera en Dios.»

La aplicación de esta verdad a círculos más amplios, a aquellos por los cuales trabajamos y por los cuales intercedemos, a la Iglesia de Cristo que nos rodea, o incluso al mundo en general, no es difícil. No puede haber nada bueno excepto lo que Dios obra; el esperar en Dios, el tener el corazón lleno de fe en su obra, y en esta fe orar para que venga su gran poder, es nuestra única sabiduría. ¡Oh, que se nos abran los ojos del corazón para ver a Dios obrando en nosotros y en otros, y para ver cuán bendito es adorar y esperar su salvación!

Nuestra oración privada y pública es la expresión principal de nuestra relación con Dios. Es en ellas que debe ejercitarse nuestro esperar en Dios. Si nuestro esperar empieza acallando las actividades naturales, y quedándonos en silencio ante Dios; si es el inclinarse y procurar ver a Dios en su operación universal y todopoderosa, sólo El capaz de disponer y hacer todo lo bueno; si se rinde a Él, en la seguridad de que El está obrando en nosotros; si se queda en el lugar de humildad y quietud y se rinde hasta que el Espíritu de Dios ha avivado la fe de que El perfeccionará su obra: entonces, verdaderamente pasará a ser la fuerza y el gozo del alma. La vida será una exclamación de gozo profundo: «Tu salvación esperé, oh Jehová.»

¡Alma mía espera sólo en Dios!

DÍA 03: EL LUGAR PROPIO DE LA CRIATURA

Todos ellos esperan en ti, Para que les des su comida a su tiempo. Se la das, y la atrapan; Abres su mano, y se sacian de bien. (Salmo 104:27,28.)

Este Salmo, de alabanza al Creador, ha estado hablando de los pájaros y los animales del bosque; de los leoncillos, y del hombre que va a su trabajo; del gran mar, en el cual se deslizan bestias inmensas y pequeñas en grandes números. Y resume toda la relación de la criatura a su Creador, y su continua y universal dependencia de Él en una palabra: « ¡Todos ellos esperan en ti!» De la misma manera que es la obra de Dios el crearlos, es la obra de Dios el mantenerlos. De la misma manera que la criatura no puede crearse a sí misma, tampoco El la deja para que se provea de lo necesario. Toda la creación está gobernada por una ley inalterable: ¡el esperar en Dios!

Esta palabra es la simple expresión de aquello por lo que la criatura recibió su existencia, la verdadera base de su constitución. El objeto por el cual Dios dio vida a las criaturas fue para que en ellas pudiera mostrar su sabiduría, poder y amor, siendo en todo momento su vida y su felicidad, y derramando sobre ellas, según la capacidad de cada uno, las riquezas de su bondad y su poder. Y de la misma manera que éste es el verdadero lugar y naturaleza de Dios, el ser la fuente de donde procede toda provisión para la criatura, de modo constante, el lugar que le corresponde a la criatura es a su vez: el esperar en Dios, y recibir de El lo que sólo Él puede dar, aquello que El se deleita en dar (véase la nota al pie de la obra de Law: El poder del Espíritu).

Si en este librito hemos de captar lo que el esperar en Dios ha de ser para cada creyente, practicarlo y experimentarlo en su bienaventuranza, es de gran importancia que empecemos por el principio, y veamos lo razonable de esta llamada suya. Comprenderemos que este deber no es una orden arbitraria. Veremos que no sólo es necesario por nuestro pecado y nuestra invalidez. Es simple y verdaderamente el restaurarnos a nuestro destino original y nuestra más alta nobleza, a nuestro verdadero lugar y gloria como criaturas dependientes de un Dios glorioso y todopoderoso.

Si nuestros ojos se abren a esta preciosa verdad, toda la Naturaleza pasará a ser un predicador, que nos recordará la relación que, fundada en la creación, ahora se realiza en la gracia. Al leer este salmo, y aprender a mirar en toda la vida de la Naturaleza como mantenida continuamente por Dios mismo, el esperar en Dios pasa a ser visto como una verdadera necesidad de nuestro ser. Al pensar en los leoncillos y los cuervos clamando a Dios, en los pájaros y los peces y los insectos esperando en El, para que El les dé su alimento según sazón, veremos que es la verdadera naturaleza y gloria de Dios el que sea un Dios en el cual hay que esperar. Cada idea de lo que es la Naturaleza, y de lo que

es Dios, nos da nueva fuerza para exclamar: «En ti, oh Dios, sólo he esperado.»

«Todos ellos esperan en ti, para que les des...» Es Dios que nos lo da todo: que esta fe entre profundamente en nuestros corazones. Antes ya de que comprendamos todo lo que va implicado en nuestro esperar en Dios, y antes de que hayamos podido cultivar el hábito, dejemos que esta verdad entre en nuestras almas. El esperar en Dios, la dependencia incesante y total en El, es, en el cielo y en la tierra, la única verdadera religión, la única inalterable y abarcativa expresión de la verdadera relación con Aquel, siempre bendito, en el cual vivimos.

Decididamente en este momento que será la característica esencial de nuestra vida y nuestra adoración el esperar en Dios de modo continuo, humilde, confiado. Podemos estar seguros que El que nos hizo para Sí, para que podamos entregarnos a Él y El serlo todo en nosotros; no nos va a desazonar. Al esperar en El encontramos descanso, gozo y fuerza y la provisión de todas nuestras necesidades.

¡Mi alma ha esperado sólo en ti, oh Dios!

DÍA 04: PROVISIONES

Sostiene Jehová a todos los que caen, Y endereza a todos los que ya se encorvan. Los ojos de todos esperan en ti, Y tú les das su comida a su tiempo. (Salmo 145: 14,15.)

El Salmo 104 es un Salmo de la Creación, y las palabras: «esperan en ti», se referían a la creación animal. Aquí, tenemos un Salmo del Reino, y las palabras «los ojos de todos esperan en ti», aparecen especialmente para indicar las necesidades de los santos de Dios, de todos los que caen y que se encorvan. Lo que hacen en el universo de los animales creados de modo inconsciente, el pueblo de Dios lo hace de modo inteligente y voluntario. El hombre ha de ser el intérprete de la Naturaleza. El hombre ha de mostrar que no hay nada más noble y más bienaventurado en el ejercicio de nuestro libre albedrío o voluntad que el usarla para esperar en Dios.

Si se ha enviado un ejército para una marcha en un territorio enemigo, y los informes que se reciben del mismo es que no avanzan, al punto se presenta la pregunta de cuál es la causa de la demora. La respuesta es con frecuencia: «Están esperando provisiones.» Las provisiones que se esperaban: vestido, municiones, etc., no han llegado; sin ellas no se puede avanzar. No es de modo diferente en la vida cristiana: día a día, paso a paso, necesitamos provisiones desde arriba. Y no hay nada más necesario que cultivar este espíritu de dependencia en Dios y confianza en El, que rehúsa seguir adelante sin la necesaria provisión de gracia y fuerza.

Si se hace la pregunta de si hay algo diferente en esto de lo que hacemos cuando oramos, la respuesta es que con frecuencia hay mucha oración pero poco esperar en Dios. En la oración estamos con frecuencia ocupados con nosotros mismos, nuestras necesidades, nuestros propios esfuerzos en la presentación de las necesidades. Al esperar en Dios, el primer pensamiento es en el Dios en el cual esperamos. Entramos en su presencia y sentimos que necesitamos quedar en silencio, de modo que El, como Dios, nos cubra con su sombra. Dios se deleita en revelárenos, en llenarnos de su presencia. El esperar nosotros en Dios le da tiempo para que a su agrado y según su divino poder venga a nosotros.

Es especialmente en el momento de la oración que deberíamos cultivar este espíritu.

Antes de orar, inclina quietamente tu cabeza ante Dios, para recordar y comprender lo que El es, cuán cerca está de ti, cuán ciertamente puede y quiere ayudarte. Estate quieto delante de Él, y permite que su Santo Espíritu te despierte y active en tu alma una disposición como de niño, de absoluta dependencia y expectativa confiada. Espera en Dios

como un Dios vivo, que se fije en ti, y que desee llenarte de su salvación. Espera en Dios hasta que sepas que estáis juntos; la oración entonces será algo distinto.

Y cuando estás orando, que haya intervalos de silencio, quietud reverente del alma, en la cual te rindas a Dios, en caso de que haya algo que El quiera enseñarte u obrar en ti. El esperar en El será la parte más bendita de la oración, y la bendición así obtenida será doblemente preciosa como fruto de esta comunión con Aquel que es Santo. Dios ha ordenado, en armonía con su santa naturaleza y la nuestra, que el esperar en El sea un honor que le damos. Démosle servicio con alegría y verdad; El lo recompensará en abundancia.

«Los ojos de todos esperan en ti; y tú les das su comida a su tiempo.» Querida alma, Dios provee en la Naturaleza para las criaturas que ha hecho. ¡Cuánto más proveerá en gracia para aquellos que Él ha redimido! Aprende a decir de toda necesidad, de todo fracaso, de toda falta de gracia: he esperado poco en Dios, de otro modo El me habría dado lo que necesitaba a su tiempo. Y luego di, también:

¡Mi alma ha esperado sólo en ti, oh Jehová!

DÍA 05: INSTRUCCIÓN

Porque tú eres el Dios de mi salvación Muéstrame, oh Jehová, tus caminos; Enséñame tus sendas. Encamíname en tu verdad, y enséñame, En ti he esperado todo el día. (Salmo 25:4,5.)

Hablé en el capítulo anterior de un ejército a punto de entrar en territorio enemigo. Al contestar la pregunta de la causa de la demora vimos que era: «Falta de provisiones.» La respuesta podría haber sido: «Falta de instrucciones», o «Esperando órdenes». Si el último mensaje no ha sido recibido, con las órdenes finales del comandante en jefe, el ejército no se atreverá a moverse. Lo mismo en la vida cristiana, tan profunda como la necesidad de esperar provisiones es la de esperar instrucciones.

Veamos cuán hermosas son las palabras que nos lo muestran en el Salmo 25. El autor conocía y amaba en gran manera las leyes de Dios, y meditaba en ellas de día y de noche. Pero, sabía que no bastaba. Sabía que para la captación recta de la verdad espiritual y para la aplicación apropiada personal de la misma a sus circunstancias particulares, necesitaba instrucción directa divina.

Este salmo ha sido en todo tiempo considerado como especial, a causa de su reiteración en la necesidad de enseñanza divina, y de la confianza infantil de que esta instrucción nos será dada. Estudia este salmo hasta que tu corazón esté lleno de dos ideas: la absoluta necesidad de la guía divina, y la absoluta certeza de obtenerla. Y con estas dos ideas, cuán apropiado es lo que dice: «En ti he esperado todo el día.» El esperar ser guiado, el esperar instrucciones, todo el día, es una parte bienaventurada del esperar en Dios.

El Padre en los cielos está tan interesado en su hijo, y desea tanto tener su vida, en todas sus fases, bajo su voluntad y su amor, que está dispuesto a hacerse cargo directa y personalmente de esta guía. El sabe bien que somos por completo incapaces de hacer lo que es santo y celestial, excepto en tanto que El obra en nosotros, por lo que sus órdenes pasan a ser promesas, en cuanto a lo que tenemos que hacer, y nos guía y conduce en todo momento. No sólo en dificultades especiales y en tiempos de perplejidad, sino en el curso de la vida diaria, podemos contar con su instrucción para seguir su camino, y mostrarnos su senda.

Y ¿qué es lo que necesitamos para recibir esta guía? Una cosa: esperar instrucciones, esperar en Dios. «En ti, oh Dios, he esperado todo el día.» Queremos dar expresión clara a nuestro sentimiento de necesidad y nuestra confianza en su ayuda, en los momentos que dedicamos a la oración. Queremos ser conscientes de modo claro de nuestra ignorancia respecto a lo que es su camino, y la necesidad de que su

divina luz brille en nosotros, si nuestro camino ha de ser como el del sol, cuyo resplandor va aumentando gradualmente, hasta que el día es perfecto. Y queremos esperar quietamente ante Dios en oración, hasta que esta profunda seguridad nos dé descanso. Vendrá, pues, «a los mansos guiará en su camino».

«Oh, Jehová, en ti he esperado todo el día.» La entrega especial a la guía divina en nuestras sesiones de oración debe cultivar y ser seguida por la costumbre de esperar en El «todo el día». Es fácil, para quien tiene ojos, el andar a la luz del día; no menos simple y deleitoso puede ser para el alma ejercitada en esperar en Dios, el andar todo el día en el goce de la luz de Dios y su guía. Lo que necesitamos para ayudarnos en una vida semejante es sólo una cosa: el conocimiento y la fe verdadera en Dios como fuente única de sabiduría y bondad, siempre dispuesta y deseosa de ser para nosotros todo lo que podamos necesitar. Sí, ¡ésta es una de las cosas que necesitamos! Si pudiéramos ver nuestro Dios y su amor sólo, y creyéramos que El espera con su gracia ser nuestra vida y obrarlo todo en nosotros, este esperar en Dios sería nuestro mayor gozo, la res-puesta natural y espontánea de nuestros corazones a su gran amor y gloria.

¡Mi alma espera sólo en ti, oh Dios!

DÍA 06: PARA LOS SANTOS

Ciertamente, ninguno de cuantos esperan en ti será confundido. (Salmo 25:3.)

Procuremos, en nuestra meditación de hoy, olvidarnos de nosotros mismos, y pensar en la gran compañía de Dios, los santos alrededor de todo el mundo, que están con nosotros esperando en Él. Y unámonos a ellos con la ferviente oración: «Ninguno de cuantos esperan en ti será confundido.»

Pensemos por un momento en la multitud de todos los que esperan y que necesitan esta oración; cuántos hay enfermos, cansados, solitarios, para los cuales es como si no hubiera respuesta a la oración, y que, a veces empiezan a temer que su esperanza sea confundida. Y luego, cuántos siervos de Dios, ministros o misioneros, maestros u obreros, cuyas esperanzas en la obra han sido decepcionadas, y cuyo anhelo de poder y bendición ha quedado insatisfecho. Y también, aquellos que han oído de una vida de perfecto reposo y paz, de permanecer en la luz y la comunión, de fuerza y victoria, que no pueden encontrar el camino. Con todos éstos, de lo que se trata, es que no han podido descubrir el secreto de esperar en Dios totalmente. Necesitan lo que necesitamos nosotros, la viva seguridad de que el esperar en Dios no puede ser nunca en vano. Recordemos a aquellos que están en peligro de desmayar o de agotarse, y unámonos todos en un clamor: «Ninguno de los que esperan en ti sea avergonzado»

Si esta intercesión por todos los que esperan en Dios pasa a ser parte de nuestro esperar en Él para nosotros mismos, ayudaremos a otros a llevar sus cargas, y cumpliremos así la ley de Cristo

Se habrá introducido en nuestro esperar en Dios este elemento de generosidad y amor, que es el camino a la más alta bendición y la plena comunión con Dios. El amor a los hermanos y el amor a Dios están inseparablemente unidos. El amor a Dios, el amor al Hijo y a nosotros es uno: «Que el amor con que me has amado esté en ellos.» En Cristo, el amor del Padre a Él, y su amor a nosotros son uno: «Como el Padre me ha amado así yo os he amado.» A nosotros, Él nos pide que su amor para nosotros sea nuestro amor a los hermanos: «Como yo os he amado, amaos también los unos a los otros.» Todo el amor de Dios y de Cristo está inseparablemente unido con el amor a los hermanos. Y ¿cómo podemos, día tras día, probar y cultivar este amor de otra manera que orando los unos por los otros? Cristo no buscó disfrutar del amor del Padre solo; lo pasó a nosotros. Todos los que buscan a Dios de verdad y que buscan su amor, estarán inseparablemente unidos en el pensamiento y el amor a los hermanos que oran por ellos.

«Que ninguno sea confundido.» Dos veces habla David en el salmo de esperar en Dios para él mismo; aquí habla de todos los que esperan en El. Que esta página lleve el mensaje a todos los atribulados y probados de que hay muchos que oran por ellos aunque ellos no lo saben. Que nos estimule a olvidarnos de nosotros mismos de vez en cuando en nuestra oración, y ampliar nuestro corazón, y decir al Padre: «Estos que esperan en Ti; dales su carne a su debido tiempo.» Que nos inspire con nuevo aliento, porque ¿quién no se siente a veces cansado y a punto de desmayar? «Que ninguno de cuantos esperan en ti sea confundido», es una promesa en una oración. Desde muchos y muchos testigos llega el clamor a los que necesitan ayuda, hermanos atribulados: «Esperad en el Señor; tened buen ánimo, y fortaleced vuestro corazón; esperad, dice el Señor. Tened ánimo, todos los que esperáis en el Señor.»

Bendito Dios, humildemente te pedimos que ninguno de los que esperan en ti sea confundido; no, ni uno. Algunos están cansados, y el tiempo de espera les parece largo. Algunos están débiles, y apenas pueden esperar más. Y algunos se hallan enzarzados en el esfuerzo de orar y obrar, y creen que pueden simplemente esperar de modo constante. Padre, ¡enséñanos a todos a esperar! Enséñanos a pensar los unos en los otros y a orar por los otros. Enséñanos a pensar en ti, el Dios de los que esperan. Padre, que ninguno de cuantos esperan en ti sea avergonzado. Por amor de Jesús. Amén.

¡Alma mía, espera sólo en Jehová!

DÍA 07: UNA ORACIÓN DE RUEGO

Integridad y rectitud me guarden, Porque en ti he esperado. (Salmo 25:21.)

Por tercera vez en este Salmo tenemos la palabra «esperar». Como antes, en el versículo 5: «En ti he esperado todo el día.» Lo mismo ahora, el creyente que suplica, llama a Dios para que recuerde que él ha estado esperando una respuesta. Es una gran cosa para un alma no sólo esperar en Dios, sino también el darse cuenta plenamente de que su espíritu y posición es la de uno que espera, que puede decir en una confianza infantil: « ¡Señor ya sabes que estoy esperando en Ti!» Será un ruego con poder en la oración, que nos dará más y más osadía en la expectativa para reclamar la promesa: « ¡El que espera en ti no será confundido!»

La oración en relación con la cual se presenta aquí el ruego es de gran importancia en la vida espiritual. Si nos acercamos a Dios, debe ser con un corazón sincero. Debe haber una integridad perfecta, una sinceridad absoluta en nuestros tratos con Dios. Como leemos en el Salmo siguiente (26: 1, 11): «Júzgame, oh Jehová, porque yo en mi integridad he andado... mas yo andaré en mi integridad», debe haber una rectitud perfecta y una integridad total ante Dios, como está escrito: «Su justicia es para el recto de corazón.» El alma debe saber que no permite nada pecaminoso, nada engañoso; si ha de verse con el Altísimo y recibir su plena bendición, su corazón debe ser íntegro y totalmente entregado a su voluntad. El espíritu todo que nos anima en la espera debe ser: «En rectitud e integridad.» Tú ves que yo deseo venir a Ti, Tú sabes que yo deseo que Tú obres la rectitud y la integridad en mí; que ellas me «guarden, porque espero en Ti».

Y si en nuestro primer intento sincero de vivir plenamente esperando en todo momento en Dios, empezamos a descubrir cuánto le falta a esta integridad perfecta, ésta será una de las bendiciones que el esperar debía proporcionarnos. Un alma no puede buscar la comunión íntima con Dios, o alcanzar la consciencia permanente de estar esperando en Dios todo el día, sin una entrega sincera y total a su voluntad.

«Porque en ti he esperado.» No es sólo en relación con la oración de nuestro texto, sino con cada oración que puede usarse este ruego. El usarlo será con frecuencia una gran bendición para nosotros. Por tanto estudiemos las palabras bien hasta que conozcamos su significado. Debe ser claro para nosotros lo que estamos esperando. Puede tratarse de cosas diferentes. Puede ser esperar en Dios en nuestros momentos de oración para que ocupe el lugar que le corresponde como Dios, para darnos el sentimiento de su santa presencia y proximidad. Puede ser una petición espiritual, cuya respuesta estamos esperando. Puede tratarse

de nuestra vida entera, en la cual estamos buscando que Dios manifieste su poder. Puede ser el estado entero de su Iglesia y de sus santos, o alguna parte de su obra, aquello para lo que nuestros ojos se dirigen a Dios. Es bueno que averigüemos de vez en cuando cuáles son exactamente las cosas que esperamos, y cuando digamos claramente de cada una de ellas: «Espero en Ti acerca de esto», nos atreveremos a reclamar la respuesta: «Porque en Ti he esperado.»

Debe sernos claro también cuál es la persona en la que esperamos. No un ídolo, un Dios del cual nosotros nos hemos hecho una imagen en nuestra concepción de lo que es. No, sino un Dios vivo, tal como realmente es en su gran gloria, su santidad infinita, su poder, sabiduría, bondad, amor y proximidad. Es ante la presencia de un dueño a quien ama que el siervo se despierta y se refuerza en él su deseo de servirle. Esperemos quietos, adorando, hasta que nos demos cuenta de lo cerca de nosotros que está y entonces digamos: «En ti he esperado.»

Y luego, que quede bien claro que le estamos esperando. Que esto se halle claro en nuestra consciencia y que nos venga espontáneamente la ex-presión: «En Ti espero todo el día; espero en Ti» Esto, sin duda, implicará sacrificio y separación, un alma entregada completamente a Dios como su todo, su único gozo. Este esperar en Dios apenas ha sido reconocido como el único Cristianismo verdadero. Y a pesar de ello si es verdad que sólo Dios es bondad, gozo y amor; si es verdad que nuestra mayor bendición consiste en tener tanto de Dios como podemos; si es verdad que Cristo nos ha redimido por completo para Dios, y nos ha hecho posible el permanecer continuamente en su presencia, nada debería satisfacernos sino el respirar en esta bienaventurada atmósfera: Espero en Ti»

¡Mi alma espera sólo en Ti, oh Dios!

DÍA 08: VALEROSOS Y DE BUEN ÁNIMO

Espera en Jehová; Ten valor y afianza tu corazón; (Salmo 27: 13.)

El Salmista acaba de decir: «Hubiera yo desmayado, si no creyera que he de ver la bondad de Jehová en la tierra de los vivientes.» Si no hubiera sido por su fe en Dios, su corazón hubiera desmayado. Pero, en la seguridad y confianza en Dios que da la fe, se insta a sí mismo y nos insta a nosotros a recordar una cosa sobre todas: el esperar en Dios. «Espera en Jehová; ten valor y afianza tu corazón: sí, espera en Jehová.» Uno de los motivos principales para esperar en Dios, uno de los más profundos secretos de su bendición, es la convicción firme y confiada de que no es en vano; el valor de creer que Dios nos oirá y nos ayudará; esperamos en Jehová, un Dios que nunca puede decepcionar a su pueblo.

«Ten valor y afianza tu corazón.» Estas palabras se encuentran con frecuencia en relación con alguna empresa difícil, ante la perspectiva de una lucha con fuertes enemigos, y ante la lastimosa insuficiencia de todo esfuerzo humano. ¿Es el esperar en Dios una obra tan difícil, que sean necesarias estas palabras: «Ten valor y afianza tu corazón»? Sin duda alguna. La liberación que hemos de esperar es de enemigos nuestros, ante cuya presencia somos impotentes. Las bendiciones que hemos de pedir son todas espirituales e invisibles; cosas imposibles para con los hombres; realidades celestiales, sobrenaturales, divinas. Nuestro corazón está a punto de desmayar. Nuestras almas están tan poco acostumbradas a tener amistad con Dios, que el Dios en el que esperamos a veces parece que se esconde. Los que tenemos que esperar nos sentimos tentados a temer que no esperamos bien, que nuestra fe es demasiado débil, que nuestro deseo no es tan recto o tan sincero como debería ser, que nuestra entrega no es completa. Entre todas estas causas de temor o duda, ¡qué bendición es oír la voz de Dios: «Espera en el Señor. Ten valor y afianza tu corazón. Sí, espera en Jehová» Que nada en el cielo, en la tierra o en el infierno —nada— te impida esperar en tu Dios con la completa certidumbre de que no puede ser en vano.

La lección que nuestro texto nos enseña es que, cuando nos ponemos a esperar en Dios, antes tendríamos que decidir que esperaremos en El con la más confiada expectativa de que se presentará a nosotros y nos bendecirá. Deberíamos estar convencidos de que nada hay tan seguro como que el esperar en Dios nos traerá bendición incontable e inesperada. Estamos tan acostumbrados a juzgar a Dios y su obra en nosotros por lo que sentimos, que lo más probable es que cuando empezamos a cultivar más el esperar en El, nos sentiremos desanimados porque no encontraremos ninguna bendición especial como resultado. Este es el mensaje que debes oír: «Sobre todo, cuando esperas en Dios,

hazlo en un espíritu de esperanza firme y abundante. Es Dios en su gloria, en su poder y su amor que anhela bendecir a aquellos que esperan en El.»

Si dices que tienes miedo de engañarte con una esperanza vana, porque no ves o sientes ninguna garantía en tu presente estado para una expectativa tan especial, mi respuesta es: «Es Dios el que nos da la garantía de que podemos esperar grandes cosas.» Aprende esta lección: No vas a esperar en ti para ver lo que sientes y los cambios que ocurren en ti. Vas a ESPERAR EN DIOS, para saber primero LO QUE EL ES, y luego, lo que hará. Todo el deber y bendición del esperar en Dios tiene sus raíces en esto: que es un Ser tan lleno a rebosar de bendición, bondad, poder, vida y gloria, que, por desgraciados que seamos, no podemos establecer ningún contacto con El, sin que esta vida y este poder secretamente, en silencio, empiecen a entrar en nuestra persona y a bendecirla. ¡Dios es amor! Esta es la sola y única garantía de nuestra expectativa. El amor busca lo suyo: El amor de Dios es precisamente su deleite en impartirse El mismo y su bendición a nosotros. Ven y aunque te sientas débil, espera en su presencia. Como un inválido, enfermo y débil, es llevado al sol para que se caliente allí, ven con todo lo que hay oscuro y frío en ti, al sol del amor omnipotente y santo de Dios, y espera allí, con sólo un pensamiento: Aquí estoy, bajo el Sol de tu amor. Como el sol hace su obra en el enfermo que busca sus rayos, Dios hará su obra en ti. Confía en El más plenamente. «Ten valor y afianza tu corazón. Sí, espera en Jehová.»

¡Mi alma espera sólo en Dios!

DÍA 09: ESPERANDO EN DIOS Y TOMANDO ALIENTO

Esforzaos todos vosotros los que esperáis en [Jehová, Y tome aliento vuestro corazón. (Salmo 31:23.)

Las palabras son casi las mismas de nuestra meditación anterior. Pero con placer me aprovecho otra vez de ellas para insistir con una lección muy necesaria para todos aquellos que desean aprender de modo verdadero lo que es esperar en Dios. La lección es ésta: «Vuestro corazón debe tomar aliento, vosotros todos los que esperáis en Jehová.» Todo nuestro esperar depende del estado del corazón. Un hombre es y cuenta delante de Dios según es su corazón. No podemos adelantar un paso en el santo lugar de la presencia de Dios para esperar en El allí, a menos que nuestro corazón sea preparado para ello por el Espíritu Santo. El mensaje es: «Esforzaos todos vosotros los que esperáis en Jehová, y tome aliento vuestro corazón.»

La verdad aparece tan simple que es fácil preguntarse: « ¿Pero no admiten esto todos? ¿Qué necesidad hay de insistir en ello de modo tan especial?» La razón es que muchos cristianos no se dan cuenta de la gran diferencia que hay entre la religión de la mente y la religión del corazón, y la primera es mucho más diligentemente cultivada que la segunda. No saben cuánto mayor es el corazón que la mente. Es en esto que hay una de las causas principales de la debilidad en nuestra vida cristiana, y sólo si entendemos esto el esperar en Dios puede traernos su bendición plena.

Hay un texto en Proverbios 3:5, que puede ayudarnos a hacer claro el significado. Hablando de una vida de temor y favor de Dios, dice: «Fíate de Jehová con todo tu corazón, y no te apoyes en tu propia experiencia.» En toda la vida religiosa hemos de usar estos dos poderes. La mente tiene que recoger el conocimiento de la Palabra de Dios, y preparar el alimento por medio del cual se ha de nutrir el corazón y la vida interior. Pero, aquí aparece un terrible peligro, el conocimiento y la aprehensión de las cosas divinas puede ser algo en que nos apoyemos. La gente se imagina que si estamos ocupados con la verdad, la vida espiritual será fortalecida, como cosa natural. Y no es éste el caso ni mucho menos. El intelecto o comprensión trata de conceptos e imágenes de las cosas divinas, pero no puede alcanzar la vida real del alma. De aquí que venga la orden: «Confía en el Señor de todo tu corazón, y no te apoyes en tu propia prudencia.» Con el corazón el hombre cree y llega al contacto con Dios. Es al corazón donde Dios da su Espíritu, para que sea allí la presencia y el poder de Dios obrando en nosotros. En toda nuestra vida religiosa es el corazón el que debe confiar y amar, adorar y obedecer. Mi mente es por completo impotente para crear y mantener la vida espiritual en mí. El corazón debe esperar en Dios, para que El haga la obra en mí.

En esto es como en la vida corporal. La razón puede decirme que la comida y la bebida me nutren, y cómo tiene lugar este fenómeno. Pero, en el comer y el beber mi razón no puede hacer nada: el cuerpo tiene sus órganos especiales para este propósito. De la misma manera, la razón me dice lo que se halla en la Palabra de Dios, pero no puede hacer nada para alimentarme el corazón con el pan de vida: esto sólo el corazón puede hacerlo por la fe y la confianza en Dios. Una persona puede estar estudiando la naturaleza y los efectos del alimento o del sueño; cuando quiere comer o dormir, pone de lado sus pensamientos y estudios, y usa su poder para comer o beber. De la misma manera el cristiano necesita, cuando ha estudiado o escuchado la Palabra de Dios, cesar de tenerla en sus pensamientos, no poner ninguna fe en ellos, y por otra parte despertar su corazón a que se abra delante de Dios, y busque comunión viva con El.

Es por la bendición de esperar en Dios que confieso la impotencia de todos mis pensamientos y esfuerzos, y me inclino en silencio delante de Él, y confío en El para que renueve y fortalezca su obra en mí. Y ésta es precisamente la lección de nuestro texto: «Esforzaos todos vosotros los que esperáis en Jehová.» Recordemos la diferencia entre conocer con la mente y creer con el corazón. Estamos alerta contra la tentación de apoyarnos en nuestra propia prudencia, en nuestros pensamientos claros y firmes. Estos sólo te sirven para saberlo que el corazón debe obtener de Dios, en sí mismos no son sino imágenes o sombras. «Esforzaos todos vosotros los que esperáis en Jehová.» Presenta tu corazón ante El, como la parte maravillosa de tu naturaleza espiritual en la cual Dios se revela y por la cual tú le conoces. Procura tener la mayor confianza posible de que aunque tú no puedes ver dentro de tu corazón, Dios está obrando allí por medio de su Santo Espíritu. Que el corazón espere a veces en perfecto silencio y quietud; en su profundidad escondida Dios está obrando. Asegúrate de esto, y simplemente, espera en El. Entrega todo tu corazón, con su operación secreta, en las manos de Dios continuamente. El quiere tu corazón; toma posesión de él y mora en él. «Esforzaos todos vosotros los que esperáis en Jehová, y tome aliento vuestro corazón.»

¡Mi alma espera solamente en Dios!

DÍA 10: ESPERANZADO EN DIOS EN HUMILDAD, TEMOR & ESPERANZA

He aquí el ojo de Jehová está sobre los que le temen, Sobre los que esperan en su misericordia, Para librar sus almas de la muerte, Y para sostenerles la vida en tiempo de hambre. Nuestra alma espera en Jehová; Nuestra ayuda y nuestro escudo es él. Pues en él se alegrará nuestro corazón, Porque en su santo nombre hemos confiado. Sea tu misericordia, oh Jehová, sobre nosotros, Según esperamos en ti. (Salmo 33: 18-22.)

El ojo de Jehová está sobre su pueblo; el ojo de ellos está sobre Dios. Al esperar en Dios, nuestro ojo, mirando a Dios, ve que El está mirándonos a nosotros. Esta es la bendición de esperar en Dios, que aparta nuestros ojos y pensamientos de nosotros mismos, incluso nuestras necesidades y deseos y los ocupa en Dios. Adoramos a Dios en su gloria y en su amor, con su mirada omnisciente contemplándonos, para proveer a todas nuestras necesidades. Consideremos este maravilloso encuentro entre Dios y su pueblo, y fijémonos bien en lo que se nos enseña aquí de aquellos en quienes reposa el ojo de Dios, y de Aquel en quien hemos puesto nosotros los ojos.

«El ojo de Jehová está sobre los que le temen, sobre los que esperan en su misericordia.» El temor y la esperanza se consideran generalmente en conflicto. En la presencia y la adoración a Dios se encuentran de lado, en perfecta y hermosa armonía. Esto es porque en Dios es donde se reconcilian todas las contradicciones aparentes. La justicia y la paz, el juicio y la misericordia, la santidad y el amor, el poder infinito y la ternura infinita, la majestad exaltada sobre el cielo y la condescendencia que se inclina hacia la tierra, todas ellas se encuentran y se reconcilian. Hay verdaderamente un temor que atormenta, que es echado por completo por el amor perfecto. Pero hay un temor que se halla en los mismos cielos. En el cántico de Moisés y del Cordero se dice: «¿Quién no te temerá, oh, Señor, y glorificará tu nombre?» Y del mismo trono salió la voz: «Alabad a Dios, vosotros sus siervos, y todos los que le teméis.» Que en nuestro esperar procuremos «temer el glorioso y tremendo nombre de Jehová tu Dios». Cuanto más nos inclinamos ante su santidad en santo temor y adoración, en profunda reverencia y humillación, lo mismo que los ángeles velan sus rostros delante del trono, más descansará su santidad sobre nosotros, y más será llena el alma de Dios que se revelará en ella; cuanto más adentro entremos de la verdad que «ninguna carne se glorió en su presencia», más se nos dará a conocer su gloria. «El ojo de Jehová está sobre los que le temen.»

«Sobre los que le esperan es su misericordia.» No sólo el verdadero temor de Dios no nos impedirá la esperanza, sino que la estimulará y la fortalecerá. Cuanto más nos inclinamos, más comprendemos que no tenemos esperanza sino en su misericordia. Cuanto más nos inclinamos, más cerca de Dios llegamos y hacemos nuestros corazones más osados

para confiar en El. Que cada ejercicio de espera, el hábito de aguardar en Dios, esté saturado de abundante esperanza, una esperanza tan brillante e ilimitada como la misericordia de Dios. La bondad paternal de Dios es tal que, en cualquier estado en que nos acerquemos a Él, podemos confiadamente esperar su misericordia.

Tales son aquellos que esperan en Dios. Y ahora, consideremos el Dios en quien esperamos. «El ojo de Jehová está sobre los que le temen, sobre los que esperan en su misericordia; para librar sus almas de la muerte, y para sostenerlos en tiempo de hambre.» No para evitarles el peligro de la muerte y del hambre —esto es con frecuencia necesario para estimular la espera en El—sino para librarlos y mantenerlos vivos. Porque los peligros son con frecuencia reales y oscuros; la situación, sea en lo temporal o lo espiritual, puede aparecer por completo sin esperanza. Hay siempre una esperanza: El ojo de Jehová está sobre ellos.

Este ojo ve el peligro, y ve en tierno amor a su hijo que espera temblando, y ve el momento en que su corazón está maduro para la bendición, y ve la manera en que ha de llegar. Este Dios vivo y poderoso, ¡oh, temámosle en la esperanza de su misericordia! Y humillémonos pero con decisión digamos: «Nuestra alma espera en Jehová; nuestra ayuda y nuestro escudo es El. Pues en Él se alegra nuestro corazón, porque en su santo nombre hemos confiado.»

Oh, ¡qué bendición el esperar en un Dios semejante! Una ayuda inmediata en el tiempo de tribulación, escudo y defensa contra el peligro. Hijos de Dios, ¿no aprenderéis a hundiros en la invalidez y la impotencia y la quietud, para esperar y ver la salvación de Dios? En medio del hambre espiritual, y cuando parece que la muerte va a prevalecer, ¡oh, espera en Dios! El te librá, El te mantendrá vivo. Dilo no sólo en la soledad, sino decidlo los unos a los otros: el Salmo habla no sólo de un hijo de Dios, sino del pueblo de Dios: «Nuestra alma espera en Jehová; nuestra ayuda y nuestro escudo es El.» Fortaleceos y animaos los unos a los otros en el santo ejercicio de la espera, que cada uno pueda decir no sólo de sí mismo sino de sus hermanos: «Hemos esperado en Jehová, nos alegraremos y regocijaremos en su salvación.»

¡Alma mía, espera solamente en Jehová!

DÍA 11: ESPERANDO EN DIOS CON PACIENCIA

Guarda silencio ante Jehová y espera en él... Los que esperan en Jehová, heredarán la tierra. (Salmo 37:7,9.)

«En paciencia poseeréis vuestras almas.» «La paciencia os es necesaria.» «Que la paciencia haga su obra perfecta, para que podáis ser hechos perfectos e íntegros.» Estas son las palabras del Espíritu Santo, que nos muestra cuán importante es la paciencia como elemento en la vida y el carácter cristiano. Y en ninguna parte hay mejor oportunidad para cultivarla o mostrarla que esperando en Dios. Allí descubrimos lo impacientes que somos, y lo que significa nuestra impaciencia. Confesamos a veces que somos impacientes con los hombres y con las circunstancias que nos estorban, o con nosotros mismos a causa de nuestro lento progreso en la vida cristiana. Si verdaderamente esperamos en Dios, encontraremos que es con El que somos impacientes, porque El no hace al punto, o tan pronto como queremos, lo que le pedimos. Es esperando en Dios que se nos abren los ojos para creer en su voluntad soberana y sabia, y para ver que cuanto más completamente nos rendimos a Él, con más seguridad sus bendiciones llegarán a nosotros.

«No es del que quiere ni del que corre, sino de aquel de quien Dios tiene misericordia.» Tenemos tan poco poder para aumentar o reforzar nuestra vida espiritual como lo tuvimos para originarla. «Nacimos no de voluntad de la carne, ni de voluntad de varón, sino de la voluntad de Dios.» Así pues, nuestro querer y nuestro correr, nuestro deseo y nuestro esfuerzo, no sirven para nada; todo depende de Dios «que muestra misericordia». Todos los ejercicios de la vida espiritual, nuestra lectura y nuestra oración, nuestra voluntad y nuestro hacer tienen mucho valor. Pero, no pueden ir más allá de esto, nos indican el camino y nos preparan en humildad para depender sólo de Dios, y, con paciencia, a esperar en su buena sazón y misericordia. El esperar es enseñarnos nuestra absoluta dependencia del poder de la obra de Dios, y nos hace colocarnos, en perfecta paciencia, a su disposición. Los que esperan en el Señor heredarán la tierra; la tierra prometida y su bendición. Los herederos deben esperar; pueden permitirse esperar.

«Guarda silencio ante Jehová y espera en El.» O bien: «Reposa en el Señor.» «Permanece quieto ante el Señor.» Es el descansar en el Señor, en su voluntad, en su promesa, en su fidelidad, en su amor, que hace fácil la paciencia. Y el descansar en El no es nada sino estar en silencio ante El, en quietud delante de Él. Teniendo nuestros pensamientos y deseos, nuestros temores y esperanzas acallados en calma y quietud, en la perfecta paz de Dios que sobrepasa todo entendimiento. Esta paz guarda nuestro corazón y nuestra mente cuando estamos ansiosos por algo, porque ya hemos presentado nuestra petición delante de Él. El

descanso, el silencio, la quietud y la espera paciente, todos hallan su garantía y gozo en el mismo Dios.

La necesidad de paciencia, lo razonable y bendito de la paciencia, se mostrará al alma que espera. Nuestra paciencia se verá como la contrapartida de la paciencia de Dios. La espera poder bendecimos plenamente más de lo que nosotros deseamos la bendición. Pero, como el labrador tiene paciencia hasta que el fruto está maduro, Dios también respeta nuestra lentitud y tiene paciencia con nosotros. Recordémoslo y esperemos más paciencia. De cada promesa y de cada res-puesta a la oración se puede decir que es verdad que: «Yo, el Señor, lo apresuraré a su debido tiempo.»

«Guarda silencio ante Jehová y espera en El con paciencia.» Sí, espera en El. No busques sólo la ayuda, búscalo a El mismo; espera en El. Da a Dios la gloria descansando en El, confiando en El plenamente, esperando en El con paciencia. Esta paciencia le honra en gran manera; le deja a Él, en su trono, para hacer su obra; entrégate por completo en sus manos. Deja que Dios sea Dios. Si esperas algo especial, espera con paciencia. Si esperas como ejercicio de la vida espiritual, buscando conocer y tener más a Dios, espera con paciencia. Sea por corto tiempo o un hábito continuo del alma, descansa en el Señor, guarda silencio delante de Él, espera con paciencia. «Los que esperan en Jehová heredarán la tierra.»

¡Alma mía, espera solamente en Dios!

DÍA 12: GUARDANDO SUS CAMINOS

Espera en Jehová, y guarda su camino, Y él te exaltará para heredar la tierra. (Salmo 37:33.)

Si deseamos hallar a un hombre a quien hemos de ver, inquirimos en los sitios en que esperamos encontrarle. Cuando esperamos en Dios, necesitamos ser cuidadosos en guardar sus caminos; fuera de ellos no hay esperanza alguna de encontrarle. «Tú recibes el que se regocija y obra justicia; los que te recuerdan en tus caminos.» Podemos estar seguros que Dios no será hallado si no es en sus caminos. Y que, el alma que le busca y le espera pacientemente, lo encontrará sin ninguna clase de duda. «Espera en Jehová, y guarda su camino, y El te exaltará para heredar la tierra.»

Cuán semejante es la relación entre las dos partes del mandato: «Espera en el Señor» —esto tiene que ver con la adoración y la disposición— y «guarda su camino» —esto se refiere a la forma de andar y de obrar—. La vida externa debe estar en armonía con la interna; la interna debe ser la inspiración y la fuerza de la externa. Es nuestro Dios que ha hecho conocer su camino en su Pa-labra para que rijamos con El nuestra conducta, y que nos invita a que confiemos en su gracia y ayuda en el corazón. Si no guardamos su camino, el que esperemos en El no nos traerá bendición. La entrega a la completa obediencia a su voluntad es el secreto del pleno acceso a todas las bendiciones de su comunión.

Notemos lo claramente que se ve esto en el Salmo. Habla del impío que prospera en su camino y le dice al creyente que no tenga envidia. Cuando vemos a nuestro alrededor a hombres que viven vidas prósperas y felices, que no siguen los caminos del Señor, mientras que nosotros nos hallamos en dificultades o sufrimiento, corremos el peligro de extrañarnos de algo que nos parece raro, y luego, ceder poco a poco, para buscar nuestra propia prosperidad en el camino que ellos siguen. El Salmo dice: «No te impacientes... Confía en Jehová, y haz el bien... Encomienda a Jehová tu camino... Guarda silencio ante Jehová... Deja la ira y depón el enojo... Apártate de lo malo y haz el bien... El Señor... no abandona a sus santos... El justo heredaré la tierra... La ley de su Dios está en su corazón; por tanto sus pies no resbalarán.» Y luego sigue —estas palabras aparecen por tercera vez en el Salmo—: «Espera en Jehová, y guarda su camino.» Haz lo que Dios te pide que hagas; Dios hará más de lo que tú le pides que haga.

Y que nadie tenga miedo de no poder guardar su camino. Esto es lo que menoscaba la confianza. Es verdad que no tenemos la fuerza para guardar todos sus caminos. Pero, guarda cuidadosamente aquellos para los que ya has recibido fuerzas. Entrégate voluntariamente y con confianza para guardar los caminos de Dios, con la zafra. Entrégate

voluntariamente y con confianza para guardar los caminos de Dios, con la fuerza que recibirás esperando en Él. Entrega todo tu ser a Dios sin reservas y sin vacilaciones. Él te mostrará que es tu Dios, y obrará en ti aquello que le agrada por medio de Jesucristo. Guarda sus caminos tal como los conoces en la Palabra. Guarda sus caminos, como te enseña la naturaleza, haciendo en todo momento lo que parece ser recto. Guarda sus caminos como la providencia te los señala. Guarda sus caminos como el Santo Espíritu te sugiere. No pienses en esperar en Dios cuando dices que no estás dispuesto a trabajar en su camino. Aunque te sientas débil, con tal que quieras, Aquel que obra en nosotros el querer, obrará el hacer con su poder.

«Espera en Jehová, y guarda su camino.» Puede que el ser consciente de tus deficiencias y pecado haga que el texto te parezca más un estorbo que una ayuda para esperar en Dios. No ha de ser así. ¿No hemos dicho más de una vez, que el verdadero punto de partida y base de este esperar es una impotencia total y absoluta? ¿Por qué, pues, no acudir a Él con todo lo malo que sabes hay en ti, todos los recuerdos de tu mala voluntad, desidia, infidelidad y todo lo que te está acusando en la conciencia para auto condenación? Pon tu poder en la omnipotencia de Dios, y encuentra tu liberación en la espera en Dios. Tu fracaso ha sido debido sólo a una cosa. Buscabas vencer y obedecer sólo en tu propia fuerza. Ven e inclínate delante de Dios hasta que aprendas que sólo Él, Dios, es bueno y sólo Él puede obrar lo bueno. Cree que en ti y en todo lo que la naturaleza puede hacer, no hay verdadero poder. Recibe contento del hecho de estar Dios en todo momento obrando su poderosa gracia y vida en ti, y de qué esperas en Dios para que renueve tu fuerza para andar por sus caminos sin cansarte, para correr por sus sendas, sin desmayar. «Espera en Dios y guarda sus caminos», es a la vez una orden y una promesa.

¡Mi alma espera sólo en Dios!

DÍA 13: MAS DE LO QUE SABEMOS

Y ahora, Señor, ¿qué puedo yo esperar? Mi esperanza está en ti. Líbrame de todas mis transgresiones. (Salmo 39:7,8.)

Puede haber ocasiones en que tenemos el sentimiento de que no sabemos lo que estamos esperando. Puede haber otras ocasiones en que pensamos que lo sabemos, y en que sería bueno que comprendiéramos que no sabemos pedir lo que debíamos. Dios puede hacer por nosotros mucho más de lo que le pedimos o pensamos, y corremos el peligro de limitarle, cuando confinamos nuestros deseos y oraciones a nuestras ideas sobre ellos. Es bueno en algunas ocasiones decir, como nuestro Salmo: «Y ahora, ¿qué puedo yo esperar?» Apenas lo sé y no lo puedo decir; sólo puedo decir esto: «Mi esperanza está en ti.»

¡Cuán claramente podemos ver este limitar a Dios en el caso de Israel! Moisés les había prometido carne en el desierto, pero ellos dudaron, diciendo: « ¿Puede Dios proveer una mesa en el desierto? Golpeó la peña y salió agua de ella; ¿puede darnos también pan? ¿Puede darnos también carne?» Si se les hubiera preguntado si Dios podía proveerles de agua en el desierto, habrían contestado: Sí. Dios lo ha hecho; puede hacerlo otra vez. Pero, cuando Dios les sugirió algo nuevo, trataron de limitar a Dios. Su expectativa no podía ir más allá de su experiencia previa, o de lo que sus propias ideas les decían que era posible. De la misma manera estamos limitando a Dios con nuestros conceptos de lo que Él ha prometido o es capaz de hacer. Andemos con cuidado de no limitar al Santo de Israel en nuestra misma oración. Creamos que las mismas promesas de Dios que invocamos tienen un significado divino, infinitamente más allá de lo que nosotros pensamos de ellas. Creamos que El puede cumplirlas, con poder y abundancia de gracia, mucho más allá de todo lo que podemos comprender. Y por tanto, fomentemos el hábito de esperar en Dios, no sólo respecto a lo que creemos que necesitamos, sino para todo lo que su gracia y su poder están dispuestos a darnos.

En toda oración verdadera hay dos corazones en acción. El uno es nuestro corazón, con sus propias ideas oscuras y humanas de lo que necesitamos y Dios puede hacer. El otro es el corazón de Dios, que es infinito en sus propósitos divinos de bendición. ¿Qué dirás? A cuál de ellos hemos de tener más en cuenta cuando nos acercamos a Él. Sin duda es al corazón de Dios. Todo depende de conocer y ocuparnos de ello. Pero, cuán poco lo hacemos. Esto es lo que el esperar en Dios tiene que enseñarte. Piensa en su maravilloso amor y la redención divina, en el significado que estas palabras tienen para El. Confiesa cuán poco entiendes lo que Dios quiere hacer por ti, y di, cada vez que ores: «Y ahora, Señor, ¿qué puedo yo esperar?» Mi corazón no lo puede decir. El

corazón de Dios lo sabe y espera dármelo. «Mi esperanza está en ti.» Espera en Dios para que haga por ti más de lo que puedes pedirle o imaginar.

Aplica esto a la oración siguiente: «Líbrame de todas mis transgresiones.» Tú has orado pidiendo ser librado del mal genio, del orgullo o de la voluntad propia. Es como si no lo hubieras hecho. ¿No es posible que sea debido a que tú tienes tus propias ideas sobre la manera o la extensión de lo que Dios hace, y nunca has esperado en el Dios de gloria, según las riquezas de su gloria, para hacer por ti lo que el corazón del hombre no puede concebir? Aprende a adorar a Dios como Dios que hace maravillas, que quiere mostrar en ti que El puede hacer cosas sobrenaturales y divinas. Inclínate ante El, espera en El, hasta que tu alma comprenda que estás en las manos de un Artesano divino y todopoderoso. Consiente en saber sólo que El obrará en ti. Espera que serán algo divino, algo que debes esperar en profunda humildad, y puedes recibir sólo a causa de su divino poder. Que el «Y ahora, Señor, qué puedo yo esperar» pase a ser el espíritu de todo anhelo y toda oración. El hará su obra a su sazón.

Querida alma, al esperar en Dios puede que te sientas cansada, porque apenas sabes lo que tienes que esperar. Te ruego que tengas ánimo: esta ignorancia tuya es a veces una de las mejores señales. El te está enseñando a dejarlo todo en sus manos, a esperar sólo en El. « ¡Espera en el Señor! Esfuézzate y recibe aliento. Sí, espera en el Señor.»

¡Mi alma espera sólo en Dios!

DÍA 14: EL CAMINO HACIA EL NUEVO CANTICO

Esperé pacientemente en Jehová; se inclinó hacia mí, y escuchó mi clamor... Puso luego en mi boca un cántico nuevo, un himno de alabanza a nuestro Dios. (Salmo 40:1,3.)

Ven y escucha el testimonio de alguien que puede hablar por experiencia del resultado seguro y bendito de una espera paciente en Dios. La verdadera paciencia es algo extraño a nuestra naturaleza confiada en sí misma, es tan indispensable en nuestro esperar en Dios, es un elemento tan esencial de la verdadera fe, que haremos bien meditando una vez más en lo que la Palabra tiene que enseñarnos sobre ella.

La palabra paciencia se deriva de un vocablo latino que significa sufrimiento. Sugiere la idea de estar bajo el dominio de un poder del que de buen grado nos libraríamos si pudiéramos. Al principio nos sometemos contra nuestra voluntad. La experiencia nos enseña que es vano el resistir, y que el soportarlo pacientemente es el curso de acción más prudente. Al esperar en Dios es de suma importancia que no sólo nos sometamos, porque nos vemos obligados a hacerlo, sino porque consentimos con amor y gozo en estar bajo las manos de nuestro bendito Padre. La paciencia entonces pasa a ser nuestra más alta bendición y nuestra gracia mayor. Honra a Dios y le da oportunidad para que obre con libertad en nosotros. Es la más alta expresión de nuestra fe en su bondad y fidelidad. Da al alma perfecto reposo y la seguridad de que Dios está realizando su obra. Es una evidencia de nuestro pleno consentimiento en que Dios debe obrar en nosotros en la manera y tiempo que El crea mejor. La verdadera paciencia es el abandonar nuestra voluntad propia y aceptar su perfecta voluntad.

Esta paciencia es necesaria para esperar en Dios plena y verdaderamente. Esta paciencia es el crecimiento y fruto de nuestras primeras lecciones en la escuela del esperar. Para muchos parecerá extraño el que sea tan difícil el esperar verdaderamente en Dios. La gran quietud del alma ante Dios, que se hunde en su propia invalidez y espera en El para que se le revele; la profunda humildad que teme que la voluntad propia o es-fuerzo haga nada, excepto lo que Dios obra en su querer y hacer; la mansedumbre que se contenta con no ser ni saber nada excepto según Dios da en su luz; la renuncia completa a la voluntad que sólo quiere ser un cauce por el que la voluntad santa pueda avanzar: todos estos elementos de la perfecta paciencia no se encuentran al momento. Pero, irán apareciendo a medida que el alma mantiene su posición y una y otra vez dice: «Verdaderamente mi alma espera en Dios; de El viene mi salvación: El solo es mi roca y mi salvación.»

Has notado alguna vez que tenemos una prueba de que la paciencia es una gracia para la cual se nos da un don especial, en las palabras de Pablo: «Fortalecidos con todo poder, según su gloriosa potencia, para toda paciencia, longanimidad y gozo.» Sí, necesitamos ser fortalecidos con todo el poder de Dios, y esto según la medida de su poder glorioso, si hemos de esperar en Dios con toda paciencia. Es Dios revelándose en nosotros como nuestra vida y fuerza que nos permitirá dejarlo todo en sus manos con perfecta paciencia. Si algunos se inclinan a desanimarse porque no tienen esta paciencia, que cobren aliento. Es en el curso de nuestro esperar en Dios, por más que sea débil e imperfecto, que, El mismo, con su poder escondido, nos fortalece y obra en nosotros la paciencia de los santos, la paciencia de Cristo mismo.

Oigamos la voz de alguien que había sido probado de modo profundo: «Esperé pacientemente en Jehová; se inclinó hacia mí, y escuchó mi clamor.» Oye lo que tuvo que sufrir: «Me extrajo del pozo de la desesperación, del lodo cenagoso; afianzó mis pies sobre una roca, y consolidó mis pasos. Puso luego en mi boca cántico nuevo, un himno de alabanza a nuestro Dios.» El esperar pacientemente en Dios trae este gran premio; la liberación es segura; Dios mismo nos pondrá un nuevo cántico en la boca. ¡Oh, alma, no te impacientes, sea en el ejercicio de la oración y adoración que tengas dificultades para esperar, o en la demora de respuesta a peticiones específicas, o en el cumplimiento del deseo de tu corazón de una revelación de Dios mismo en una profunda vida espiritual! No temas, sino descansa en el Señor y espera pacientemente en El. Y si algunas veces crees que la paciencia no es uno de tus dones, recuerda que es un don de Dios, y repite como tuya esta oración (2.a Tesalonicenses 3:5): «Y el Señor encamine vuestros corazones al amor de Dios, y a la paciencia de Cristo.» A la paciencia en la cual estás esperando en Dios, El mismo te guiará.

¡Alma mía, espera solamente en Dios!

DÍA 15: ESPERANDO SU CONSEJO

Pero pronto olvidaron sus obras; no atendieron su consejo. (Salmo 106:13.)

Se dice esto del pecado del pueblo de Dios en el desierto. El los había redimido de modo maravilloso, y estaba preparado para suplir todas sus necesidades. Pero, cuando llegó el momento de la necesidad: «No atendieron su consejo.» Creyeron que el Dios Todopoderoso no era su Líder y Cuidador; no preguntaron cuáles eran sus planes. Simplemente siguieron los pensamientos de su propio corazón, y tentaron y provocaron a Dios con su incredulidad. «No atendieron su consejo.»

¡Y este pecado ha venido siendo el del pueblo de Dios en todas las edades! En la tierra de Canaán, en los días de Josué, las tres únicas fallas que se nos mencionan son debidas a este pecado. Al marchar contra Ai, al entrar en tratos con los gibeonitas, al establecerse sin progresar para poseer toda la tierra: no esperaron su consejo. Y de la misma manera, incluso el creyente con experiencia, está en peligro de la más sutil de las tentaciones: tomar la Palabra de Dios, pero seguir nuestras propias ideas respecto a la misma y no esperar en su consejo. Fijémonos en este aviso y veamos lo que Israel nos enseña. Y de un modo especial considerémoslo no sólo como un peligro al cual el individuo se halla expuesto, sino un peligro sobre el cual todo el pueblo de Dios, de modo colectivo, tiene que estar en guardia.

Toda nuestra relación con Dios está gobernada por el hecho de que su voluntad ha de ser hecha en nosotros y por nosotros, como lo es en el cielo. El ha prometido darnos a conocer su voluntad por medio de Su Espíritu, que nos guía a toda verdad. Y nuestra posición ha de ser la de esperar su consejo como la única guía de nuestros pensamientos y acciones. En nuestro culto en la iglesia, en nuestras reuniones de oración, en nuestras convenciones, en todas nuestras reuniones como directores, organizadores, comités, ayudantes en todo lo que se refiera a la obra de Dios, nuestro primer objetivo ha de ser siempre averiguar cuál es la voluntad de Dios. Dios obra siempre según el consejo de su voluntad. Cuanto más buscamos el consejo de su voluntad, lo hayamos y lo honramos, más cierta y poderosamente hará Dios su obra por nosotros y a través de nosotros.

El gran peligro en todas estas asambleas es que en nuestra conciencia de tener la Biblia y en nuestra experiencia pasada de la dirección de Dios, y nuestro credo recto, y nuestro sincero deseo de hacer la voluntad de Dios, confiamos en estas cosas, y no comprendemos que a cada paso necesitamos y podemos tener la guía celestial. Puede que

haya elementos de la voluntad de Dios, la aplicación de la Palabra de Dios, la experiencia de la presencia cercana y la dirección de Dios, manifestaciones del poder de su Espíritu, de los cuales no sabemos nada todavía. Dios puede estar dispuesto, es más, Dios está dispuesto, a comunicar cosas a las almas que están decididas a permitirle que El obre según quiera, por completo, y que tengan la paciencia de esperar en El para que se las haga conocer. Cuando nos juntamos para alabar a Dios por todo lo que ha hecho y nos ha enseñado, puede que le estemos limitando, al mismo tiempo, si no estamos esperando que haga cosas mayores. Fue cuando Dios hubo dado agua de la roca que los israelitas no creyeron que les iba a dar el maná. Fue cuando Dios les hubo entregado Jericó que Josué creyó que la victoria sobre Ai era segura y no esperó el consejo de Dios. Y así, cuando pensamos que conocemos y confiamos en el poder de Dios por lo que podemos esperar, podemos estar estorbando a Dios, no dándole el tiempo y no cultivando de modo, decidido el hábito de esperar su consejo.

Un ministro no tiene mayor deber que enseñar a los suyos a esperar en Dios. ¿Por qué en la casa de Cornelio, cuando «Pedro habló estas palabras, el Espíritu Santo cayó sobre los que le habían oído»? Porque habían dicho: «Estamos aquí delante de Dios, para oír todas las cosas que Dios te ha mandado.» Podemos juntarnos para dar y oír la más sincera exposición de la verdad de Dios, con muy poco provecho espiritual, o ninguno, si no esperamos en Dios para que nos dé su consejo.

Y por ello en todas nuestras reuniones tenemos que creer en el Espíritu Santo como Guía y Maestro de los santos de Dios, cuando esperan ser conducidos por El a las cosas que Dios tiene preparadas, y que el corazón no puede concebir.

Más quietud en el alma, para darnos cuenta de la presencia de Dios; más conciencia de nuestra ignorancia respecto a lo que pueden ser los planes de Dios; más fe en la certidumbre que Dios tiene grandes cosas para mostrarnos; que El mismo se nos revelará con nueva gloria: éstas deben ser las marcas de las asambleas de los santos de Dios, si han de evitar el reproche: «No atendieron a su consejo.»

¡Mi alma espera solamente en Dios!

DÍA 16: TENIENDO SU LUZ EN EL CORAZÓN

Espero yo en Jehová, espera mi alma; Pendiente estoy de su palabra. Mi alma aguarda al Señor. Más que los centinelas a la mañana, Más que los vigilantes a la aurora. (Salmo 130:5,6.)

Con qué intenso anhelo es esperada la luz del amanecer. La espera el marinero de un barco naufragado; un viajero perdido en un país peligroso; un ejército que se sabe rodeado por el enemigo: La luz de la mañana nos mostrará qué esperanza hay de escape. La madrugada puede traer vida y libertad. Y de la misma manera los santos de Dios en las tinieblas han esperado la luz del rostro de Dios, más que los centinelas la mañana. Han dicho: «Más que los centinelas a la mañana, mi alma aguarda al Señor.» ¿Podemos decirlo nosotros también? El que esperemos en Dios puede no tener más alto objetivo que simplemente tener su luz para que brille sobre nosotros, en nosotros, a través de nosotros, todo el día.

Dios es luz. Dios es el sol. Pablo dice: «Dios ha iluminado nuestros corazones para dar la luz.» ¿Qué luz? «La luz de la gloria de Dios, en la faz de Jesucristo.» Del mismo modo que el sol irradia su luz hermosa y dadora de vida a nuestra tierra, Dios ilumina nuestros corazones con la luz de su gloria, de su amor, en Cristo su Hijo. Nuestro corazón debe estar lleno de esta luz y resplandecer de ella todo el día. Puede tenerla porque Dios es nuestro sol, y está escrito: «Tu sol no se pondrá nunca más.» El amor de Dios brilla en nosotros sin cesar.

Pero, ¿podemos disfrutar de él verdaderamente todo el día? Ciertamente podemos. ¿Cómo podemos? La misma Naturaleza nos da la respuesta. Los árboles hermosos, las flores y la verde hierba, ¿qué hacen para que el sol brille en ellos? Nada; disfrutan simplemente del sol a medida que les alcanza. El sol está a millones de kilómetros de distancia, pero a pesar de la distancia llega, con su luz y su gozo; y la más minúscula flor que levanta su corola recibe la misma exuberante luz y bendición que toda una pradera. No tenemos que preocuparnos por la luz que necesitamos durante nuestro día de trabajo. El sol cuida de ella, y nos provee esta luz durante todo el día. Contamos con ella, simplemente, que la recibiremos y podremos disfrutar de ella.

La única diferencia entre la naturaleza y la gracia es ésta, que lo que los árboles y las flores hacen de modo inconsciente, al beber la bendición de la luz, en nosotros se realiza por medio de una aceptación voluntaria y amorosa. La fe, la simple fe en la Palabra de Dios y en su amor, es abrir los ojos, el corazón, y recibir y gozar de la gloria inefable de su gracia. Y como los árboles, día tras día, mes tras mes, están erguidos en el campo y crecen en belleza y dan fruto, dando la bienvenida al sol que llega, asimismo el ejercicio más elevado de nuestra vida cristiana es

simplemente permanecer a la luz de Dios, y dejar que El nos llene de su vida y su resplandor.

Y si preguntáis: ¿puede ser realmente tan natural, y con el mismo entusiasmo con que me gozo de la belleza de una soleada mañana, el gozarse en la luz de Dios todo el día?, diré: así es, exactamente. Desde la mesa en que desayuno contemplo un hermoso valle, con árboles y viñas y montañas. En los meses de primavera y de otoño la luz, por la mañana, es exquisita, y casi le hace a uno exclamar, involuntariamente: ¡Qué hermosura! ¿Y no hay provisión para que la luz de Dios sea igualmente una fuente incesante de gozo y alegría? Sí la hay, ciertamente, si el alma quiere estar quieta y esperar en El, sólo dejando que Dios brille.

Querida alma, aprende a esperar en el Señor, ¡más que los centinelas esperan la mañana! Dentro de ti puede que esté muy oscuro. Pero, ¿no es precisamente ésta la mejor razón para que dejes brillar la luz de Dios en ti? En su comienzo la luz puede ser apenas bastante para descubrir las tinieblas y humillarte de modo penoso a causa de tu pecado. ¿No puedes confiar en que la luz expulse las tinieblas? Cree que puede ser así. Inclínate, ahora mismo, y en quietud ante Dios, espera en El para que brille en ti. Di, en humilde fe, Dios es luz, infinitamente más brillante y más hermosa que la del sol. Dios es luz: el Padre. La luz eterna, inaccesible, incomprendible: el Hijo. La luz concentrada, encarnada y manifiesta: el Espíritu, la luz que entra y reside y brilla en nuestros corazones. Dios es luz, y aquí está, brillando en mi corazón. He estado tan ocupado con las vacilantes llamas de mis pensamientos y mis esfuerzos, que nunca he abierto los postigos para Tejar que entre su luz. La falta de fe le ha impelido entrar. Me inclino con fe: Dios, la luz, está brillando en mi corazón. El Dios de quien escribió Pablo: «Dios ha brillado en nuestro corazón», es mi Dios. ¿Qué pensaría de un sol que no pudiera brillar? ¿Qué pensaría de un Dios que no brillara? No, ¡Dios brilla! ¡Dios es luz! Estaré quieto, esperaré y descansaré a la luz de Dios. Mis ojos son débiles, y las ventanas no son muy limpias, pero esperaré en el Señor. La luz brilla, la luz brillará en mí, y me llenará de luz. Y yo aprenderé a andar todo el día a la luz y el gozo de Dios. Mi alma espera en el Señor, más que los centinelas a la mañana.

¡Mi alma espera solamente en Dios!

DÍA 17: ESPERANDO EN DIOS EN TIEMPO DE TINIEBLAS

Esperaré, pues, a Jehová, el cual escondió su rostro de la casa de Jacob, y en él confiaré. (Isaías 8: 17.)

Aquí tenemos a un siervo de Dios, que espera en El, no a causa de sí mismo, sino de su pueblo, de los cuales Dios ha escondido su rostro. Nos sugiere que nuestro esperar en el Señor, aunque comienza con nuestras necesidades personales, con el deseo de la revelación de El mismo, o la respuesta a las peticiones personales, no debe, no puede, terminar aquí. Puede que aunque nosotros andemos a la plena luz de la faz de Dios, El esté escondiendo su rostro de su pueblo, que nos rodea; lejos de hacernos pensar que es un justo castigo de su pecado, o las consecuencias de su indiferencia, se nos llama a preocuparnos con corazón tierno de su triste estado, y esperar en Dios a favor suyo. El privilegio de esperar en Dios es al mismo tiempo origen de gran responsabilidad. De la misma manera que Cristo, cuando hubo entrado en la presencia de Dios, empezó a usar este lugar de privilegio y honor como intercesor, también nosotros, si sabemos realmente lo que es entrar y esperar en Dios, debemos utilizar nuestro acceso a Dios en favor de nuestros hermanos menos favorecidos. «Esperaré, pues, a Jehová, el cual escondió su rostro de la casa de Jacob.»

Tú participas en el culto en una congregación determinada. Es posible que haya en ella menos vida y gozo espiritual en la predicación y la comunión de lo que desearías. Pertenece a una iglesia con sus muchos servicios. Hay tanto error o mundanalidad, se busca tanto la sabiduría humana y la cultura, o se hace énfasis en las ordenanzas y observancias, que tú no te extrañas de que Dios haya escondido su rostro en muchos casos, y haya en ella poco poder para la conversión y la verdadera edificación. Luego hay las ramificaciones de la obra cristiana con las cuales estás conectado: La Escuela Dominical, la Capilla de predicación evangelista, un grupo de la Asociación de Jóvenes, la misión extranjera: en la cual la debilidad de la obra del Espíritu parece indicar que Dios está escondiendo su rostro. Crees, también, que sabes el por qué. Hay demasiada confianza en los hombres y en el dinero; hay demasiada formalidad y auto indulgencia; hay poca fe y oración; poco amor y humildad; demasiado poco espíritu del Crucificado. A veces te parece como si las cosas no tuvieran solución. Nada va a servir de nada.

Cree, sin embargo, que Dios puede ayudar y ayudará. Deja entrar el espíritu del profeta en ti cuando evalúas sus palabras, y te dispones a esperar en Dios, en favor de sus hijos extraviados. En vez de un tono de juicio o de condenación, de decepción y desespero, hazte cargo de tu vocación de que eres llamado a esperar en Dios. Si los demás fallan en hacerlo, entrégate a la tarea con redoblado afán. Cuando más

profunda la oscuridad, mayor la necesidad de apelar al único Liberador. Cuanto mayor la autoconfianza a tu alrededor, gente que no saben que son ciegos, pobres, desgraciados, más urgente ha de ser la llamada que has de sentir para ver todo este mal y tener acceso a Aquel que es el único que puede ayudar, para estar en tu puesto esperando en Dios. Di en cada nueva ocasión, cuando te sientas tentado a hablar o suspirar: «Esperar en el Señor, el cual ha escondido su rostro de la casa de Jacob.»

Hay todavía un círculo mayor: el de la Iglesia Cristiana esparcida por todo el mundo. Piensa en las Iglesias protestantes, catolicorromanas y ortodoxas griegas, y en el estado de los millones que pertenecen a ellas. O piensa sólo en las iglesias protestantes, con su Biblia abierta y con sus credos sin duda ortodoxos. ¡Cuánta profesión de cristianismo nominal, cuánto formalismo! ¡Hasta qué punto la regla de la carne y del hombre rige en el mismo templo de Dios! Y ¡qué abundante prueba de que Dios ha escondido su rostro!

¿Qué han de hacer los que ven esto y lo lamentan? La primera cosa que deben hacer es: «Esperaré en Jehová, el cual ha escondido su rostro de la casa de Jacob.» Esperemos en Dios, en una humilde confesión de los pecados de su pueblo. Hemos de dar tiempo y esperar en El, en esta actividad. Esperemos en Dios, en intercesión tierna y amante por todos los santos, nuestros amados hermanos, por equivocadas que estén sus vidas y sus enseñanzas. Esperemos en Dios con fe y a la expectativa, hasta que El nos muestre que va a escuchar. Esperemos en Dios, con el simple ofrecimiento de nosotros mismos a Él, y la sincera oración de que nos envíe a nuestros hermanos. Esperemos en Dios, y no le demos descanso, hasta que haga de Sión lugar de gozo en la tierra. Sí, descansemos en el Señor, y esperemos pacientemente en El, que ahora esconde su rostro de tantos de sus hijos. Y digamos, con respecto a la luz que esperamos ver de su faz, brillando sobre todo su pueblo: «Espero en el Señor, mi alma espera y mi esperanza está en su Palabra. Mi alma espera en el Señor, más que los centinelas a la mañana, más que los vigilantes a la mañana.»

¡Alma mía, espera sólo en Dios!

DÍA 18: ESPERANDO LA REVELACIÓN DE DIOS

Y se dirá en aquel día: He aquí, éste es nuestro Dios, le hemos esperado para que nos salvase; este es Jehová en quien hemos esperado nos gozaremos y nos alegraremos en su salvación. (Isaías 29:9.)

En este pasaje hallamos dos hermosos pensamientos. El uno: que quien habla es el pueblo de Dios, que ha estado unido, esperando en El. El otro: que el fruto de su espera ha sido que Dios se ha revelado a sí mismo, y que pueden exclamar con gozo: «Este es Jehová... éste es nuestro Dios.» El poder y la bendición de estar unidos esperando es lo que necesitamos conocer.

Notemos que se repite dos veces: «hemos esperado en Dios». En tiempo de tribulación a veces los corazones del pueblo se han juntado y, cesando en todo esfuerzo o esperanza humanos, con un solo corazón, se han dispuesto a esperar en su Dios. ¿No es esto precisamente lo que necesitamos en nuestras iglesias, convenciones y reuniones de oración? ¿No es la necesidad de la Iglesia y del mundo bastante grande para requerirla? ¿No hay en la Iglesia de Cristo males a los cuales la sabiduría humana no puede dar remedio? ¿No tenemos ritualismo y racionalismo, formalismo y mundanalidad que socavan la Iglesia y merman su poder? ¿No tenemos cultura y dinero y placeres que amenazan nuestra vida espiritual? ¿No son los poderes de la Iglesia por completo inadecuados para contrarrestar los poderes de la iniquidad, la infidelidad y la miseria en los países cristianos y en los paganos? Y ¿no se hace en la promesa de Dios, y en el poder del Espíritu Santo, provisión para hacer frente a estas necesidades, y dar a la Iglesia la garantía tranquilizadora de que está haciendo todo lo que Dios espera de ella? Y ¿no parece ser el esperar unánimes en Dios, para que nos dé su Espíritu, la mayor de todas las bendiciones posibles? No nos cabe la menor duda.

El objetivo de un esperar más definido en Dios en nuestras reuniones sería el mismo que en nuestro culto personal. Significaría una convicción más profunda de que Dios debe y quiere hacerlo todo; un reconocimiento humilde y permanente de nuestra invalidez profunda y la necesidad de una dependencia completa y constante de Él; un darnos cuenta más vivamente de que lo esencial es dar a Dios el lugar de honor y de poder, una expectativa confiada de que aquellos que esperan en El, recibirán, por medio del Espíritu Santo, el secreto de la aceptación y la presencia de Dios, y luego, a su debido tiempo, la revelación de su poder salvador. El gran objetivo debería ser traer a todos a una compañía que ora y adora, bajo un profundo sentimiento de la presencia de Dios, de modo que cuando se separaran hubiera en ellos la impresión de haberse reunido con Dios mismo, y de haber dejado sus peticiones delante de Dios, y estar, entonces, esperando en quietud, mientras El lleva a cabo su salvación.

Es esta experiencia la que se indica en nuestro texto. El cumplimiento de las palabras, puede, a veces, dar como resultado intervenciones tan sorprendentes del poder de Dios que todos exclamen a la vez: « ¡He aquí, éste es nuestro Dios...!, ¡éste es Jehová!» Por desgracia esto ocurre demasiado raramente en nuestras reuniones. El ministro piadoso no tiene una tarea más difícil y más solemne, aunque más bendita, que el conducir a su pueblo a encontrarse con Dios, y antes de predicar, llevar a cada uno en contacto con Dios. «Sabemos ahora que estamos en la presencia de Dios», estas palabras de Cornelio muestran la manera en que estaba preparada la audiencia de Pedro para recibir el Espíritu Santo. El esperar en Dios y el esperar a Dios, son las condiciones necesarias para que Dios muestre su presencia.

Una compañía de creyentes reunida con el propósito de ayudarse los unos a los otros por medio de pequeños intervalos silenciosos, para esperar sólo en Dios, abriendo su corazón para todo lo que Dios quiera descubrirles, sea sobre su voluntad, nuevos métodos u oportunidades de trabajo, huellas de pecado, lo que sea, pronto tendría ocasión de decir: «He aquí, éste es nuestro Dios, le hemos esperado para que nos salvase; éste es Jehová a quien hemos esperado; nos gozaremos y nos alegraremos en su salvación.»

¡Alma mía, espera sólo en Dios!

DÍA 19: ESPERANDO EN DIOS COMO JUEZ

Si en el camino de tus juicios, oh Jehová, te hemos esperado... porque luego que hay juicios tuyos en la tierra, los moradores del mundo aprenden justicia. (Isaías 26:8,9.)

Jehová es un Dios de justicia; dichosos cuantos esperan en él. (Isaías 30:18.) Dios es un Dios de misericordia y un Dios de justicia. Misericordia y justicia siempre están juntas en lo que Dios hace. En el Diluvio, en la liberación de Israel de Egipto, en la destrucción de los cananeos, siempre vemos su misericordia en medio de su justicia. En estos casos, en el círculo interior de su propio pueblo, lo vemos también. El juicio castiga el pecado, la misericordia rescata al pecador, no ya a pesar del juicio, sino por medio del mismo juicio que alcanza al pecado. Al esperar en Dios, hemos de procurar no olvidar esto, al esperar en Dios hemos de esperar que El sea un Dios de justicia.

«En el camino de tus juicios, oh Jehová, te hemos esperado.» Esto se demostrará en nuestra experiencia interior. Si somos sinceros en nuestro anhelo de santidad, en nuestra oración para ser totalmente del Señor, su santa presencia estimulará y descubrirá todo pecado escondido y nos llevará a un estado de convicción de pecado, en nuestra propia naturaleza, nuestra oposición a la ley de Dios y la impotencia de cumplir esta ley. Estas palabras se demuestran verdaderas: « ¿Quién puede permanecer en el día de su venida, porque es como fuego del fundidor.» «¡Oh, que descendieras, como cuando el fuego arde abrasador!» Dios ejecuta, dentro del alma, con gran misericordia, sus juicios sobre el pecado, cuando nos hace sentir nuestra culpa y maldad. Muchos tratan de huir de estos juicios. El alma que espera en Dios y quiere ser librada del pecado se inclina en humildad y esperanza. En silencio el alma dice: «¡Levántate, Señor!, y que tus enemigos sean esparcidos. En el camino de tus juicios te hemos esperado, ¡oh, Jehová!»

Que nadie que quiera aprender el bendito arte de esperar en Dios se sorprenda si en su primer intento de esperar en El sólo descubre más pecado y tinieblas en sí mismo. Que nadie se desanime porque aparecen pecados no vencidos o malos pensamientos, o una mayor oscuridad que vela la faz de Dios. ¿No le fue escondida a su propio Hijo, el dador y portador de su misericordia en el Calvario, la misericordia en el juicio? Oh, sométete y humíllate en el juicio de tu propio pecado. El juicio prepara el camino y termina en maravillosa misericordia. Está escrito: «Tú serás redimido con justicia.» Espera en Dios, en la fe que su tierna misericordia está obrando tu redención en medio del juicio. Espera en El, El tendrá misericordia de ti.

Hay otra aplicación todavía, de indudable solemnidad. Estamos esperando en Dios, en el camino de sus juicios, que visite esta tierra: le estamos esperando a Él. ¡Qué pensamiento! Sabemos algo de estos

juicios venideros; sabemos que hay millares de cristianos profesos que viven descuidados, y que, si no ocurre un cambio, perecerán bajo la mano de Dios. Oh, ¿no haremos todo lo posible para advertirlos, para pedir por ellos, por si Dios tiene misericordia de ellos? Si sentimos nuestra falta de osadía, de celo, de poder, ¿no empezaremos a esperar en Dios más definitiva y persistentemente como Dios de juicio, pidiéndole que se revele en los juicios que van a venir sobre nuestros mismos amigos, para que ellos se sientan inspirados de nuevo temor y se vean constreñidos a hablar y orar como nunca antes? Ciertamente, el esperar en Dios no es para el auto indulgencia espiritual. Su objetivo es permitir que Dios y su santidad, Cristo y su amor mostrado en el Calvario, el Espíritu y el fuego que arde en el cielo venido a la tierra, todos ellos puedan tomar posesión de nosotros, advertir y despertar a los hombres con el mensaje de que estamos esperando en Dios en el camino de sus juicios. ¡Oh, cristiano, demuestra que realmente crees en el Dios del juicio!

¡Alma mía, espera sólo en Dios!

DÍA 20: ESPERANDO EN DIOS QUE NOS ESPERA A NOSOTROS

Con todo eso, Jehová aguardará para otorgaros su gracia, y, por tanto, será exaltado para compadecerse de vosotros; porque Jehová es un Dios de Justicia; dichosos cuantos esperan en él. (Isaías 30:18.)

Debemos pensar no sólo en nuestro esperar en Dios, sino también en lo que es aún más maravilloso, el que Dios nos espere a nosotros. La visión de Dios esperándonos a nosotros nos dará nuevo impulso e inspiración a nuestra espera en El. Nos dará una indecible confianza de que nuestra espera no ha sido en vano. Si El nos espera, entonces es indudable que somos bienvenidos; que El se goza en reunirse con aquellos que le buscan. Busquemos, incluso ahora, en este momento, en el espíritu de humilde espera en Dios, descubrir algo de lo que esto significa. «Jehová aguardará para otorgaros su gracia.» Nosotros aceptaremos y devolveremos el mensaje: «Benditos cuantos esperan en él».

Alza la vista y mira al gran Dios en su trono. Dios es amor —un deseo incesante e inexpressable de comunicar su propia bondad y bienaventuranza a todas las criaturas. El anhela y se deleita bendiciendo. Tiene propósitos gloriosos, que ni aun podemos concebir, respecto a cada uno de sus hijos, por el poder del Santo Espíritu, para revelar en ellos su amor y su poder. El espera con todo el deseo del corazón de un padre. Espera para poder concedernos su gracia. Y cada vez que esperamos en El, o procuramos mantener en la vida diaria el santo hábito de esperar, puedes mirar y verle que está dispuesto a recibirte, esperándote para poder ofrecerte su gracia. Sí, establece relación entre cada ejercicio de espera con esta visión de tu Dios esperándote a ti.

Y si preguntas, ¿cómo es posible si El me espera para ofrecermé su gracia que, incluso cuando yo espero en El, El no me da la ayuda que necesito sino que tengo que esperar y seguir esperando? Hay una doble respuesta. Por un lado, Dios es un Labrador prudente, «que espera el precioso fruto de la tierra, y tiene mucha paciencia en su espera». El no puede recoger el fruto hasta que está maduro. Sabe cuándo estamos dispuestos espiritualmente para recibir la bendición que va a redundar en nuestro provecho y su gloria. El esperar bajo el sol de su amor es lo que madura al alma para su bendición. El esperar bajo la nube de la prueba, lo que resulta en lluvias de bendición, que son igualmente necesarias. Ten la seguridad de que si Dios espera más de lo que tú deseas, es sólo para doblar la preciosa bendición. Dios esperó cuatro mil años, hasta la plenitud de los tiempos, para enviar a su Hijo; nuestros tiempos están en sus manos; El vengará a sus elegidos con celeridad; El se apresurará a acudir en nuestra ayuda, y no demorará ni una hora más de lo que debe.

La otra respuesta indica lo que ya se ha dicho antes. El dador es más que el don; Dios es más que la bendición; y nuestro esperar en El es el único modo de que aprendamos a encontrar en nuestra vida el gozo en El mismo. ¡Oh, si los hijos de Dios conocieran cuán glorioso es su Dios, y qué privilegio es estar unido en comunión con El! Entonces se regocijarían en El! Incluso cuando El nos hace esperar aprendemos a comprenderle mejor que nunca. «Por tanto, Jehová aguardará para otorgaros su gracia.» Su espera será la más alta prueba de su gracia.

«Dichosos cuantos esperan en El.» Una reina tiene sus damas de servicio. Esta posición es de subordinación y servicio, y con todo es considerada como una gran dignidad y privilegio, porque una soberana es su compañera y amiga. ¡Qué dignidad y bendición para los que están esperando en el Dios eterno, siempre vigilando para captar cualquier indicación de su voluntad o su favor, conscientes siempre de su proximidad, su bondad y su gracia! «El Señor es bueno a los que esperan en El.» « ¡Dichosos los que esperan en El! Sí, son dichosos cuando nos encontramos frente a un Dios que nos espera, nosotros, almas que esperamos en El. Dios no puede obrar en el mundo sino a través de los que esperamos en El; que nuestro esperar sea nuestra obra, y asimismo la suya. Y si su espera no es nada sino bondad y gracia, que nuestra espera sea sólo gozo en esta bondad, y una confiada expectativa de esta gracia. Y que cada pensamiento sobre la espera pase a ser para nosotros la expresión de una pura e inefable bienaventuranza, porque nos trae un Dios que nos espera para poder hacerse perfectamente conocido a nosotros, como la fuente de toda gracia.

¡Alma mía, espera sólo en Dios!

DÍA 21: ESPERANDO EN DIOS EL TODOPODEROSO

Pero los que esperan en Jehová tendrán nuevo vigor; levantarán el vuelo como las águilas; correrán y no se cansarán; caminarán, y no se fatigarán. (Isaías 40:31.)

El esperar participa del carácter de nuestros pensamientos sobre aquel a quien esperamos. Nuestro esperar en Dios dependerá en gran parte de la fe que tenemos en El. En nuestro texto tenemos el final de un pasaje en que Dios se revela a sí mismo como el Todopoderoso y Eterno. Es cuando esta revelación entra en nuestra alma que el esperar se vuelve una expresión espontánea de lo que sabemos que El es: un Dios digno en gran manera de que esperemos en El.

Oigamos las palabras: «¿Por qué dices, oh Jacob, y hablas, tú, Israel: Mi camino está escondido de Jehová, y a mi Dios se le pasa mi derecho?»

«¿No has sabido, no has oído que el Dios eterno, Jehová, el cual creó los confines de la tierra, no desfallece, ni se fatiga con cansancio?» Muy al contrario: El da vigor al cansado, y acrecienta la energía al que no tiene fuerzas. Los jóvenes se fatigan y se cansan, los valientes flaquean y caen. Todo lo que se considera fuerte entre los hombres llegará a no ser nada. «Pero, los que esperan en Jehová», dice el Eterno, que no se desmaya ni se cansa, «tendrán nuevo vigor; levantarán el vuelo como las águilas; correrán, y no se cansarán; caminarán, y no se fatigarán». No se fatigarán porque tendrán la fuerza de Dios, ni se fatigarán, porque, como vimos antes, El no desfallece ni se fatiga con cansancio.

Sí, «levantarán el vuelo como águilas». Sabemos lo que significan las alas de las águilas. El águila es la reina de las aves; asciende hasta los cielos. Los creyentes han de vivir una vida celestial, en la presencia y amor y gozo de Dios. Han de vivir donde Dios vive; necesitan la fuerza de Dios para elevarse hasta allí. A los que esperan en El, les será dada.

Sabemos cuándo obtienen las águilas sus alas. Sólo hay una manera, al nacer. Tú eres nacido de Dios. Tú tienes alas de águila. Aunque no lo sepas; aunque no las hayas usado; pero, Dios te enseñará a usarlas.

Sabemos cómo aprenden las águilas a usar sus alas. Allí vemos un precipicio que se levanta a centenares de metros sobre el valle. Allí, en la misma repisa de la roca, hay un nido de águilas y en ellas dos pequeños aguiluchos. La madre llega y revuelve el nido, y con su pico empuja a los tímidos aguiluchos al borde del precipicio. ¡Qué revuelo y qué caída cuando bajan aceleradamente hacia el suelo! Veamos como ahora cómo «el águila que excita su nidada, revolotea sobre sus pollos, extiende sus alas, los toma, los lleva sobre sus plumas» (Deuteronomio 32:11), y así, montados sobre sus alas, los lleva a un lugar seguro. Y así lo hace una y otra vez, cada vez lanzándolos al precipicio,

y luego tomándolos sobre sus alas y llevándolos. «Jehová sólo lo guió.» Sí, el instinto del águila madre es un don de Dios, un rayo del amor con el que el Todopoderoso entrena a su pueblo a ser llevado como en alas de águila.

El agita tu nido. Te desbarata la esperanza y expectativa. Rebaja tu confianza. Te hace sentir temor y te hace temblar; tu fuerza falla, y te sientes enteramente agotado e inválido. Y mientras tanto extiende sus alas en las que puedas descansar, y te ofrece su fuerza de Creador eterno, para que obre en ti. Y todo lo que te pide es que reposes en El tu cansancio-y esperes en El; y le permitas que su fuerza te lleve sobre las alas de su omnipotencia.

Querido hijo de Dios, te ruego, ¡alza tus ojos y contempla a tu Dios! Escúchale al que te dice que El «no desfallece ni se fatiga con cansancio», que te promete que tú tampoco vas a desmayar o fatigarte, y que te pide sólo una cosa: que esperes en El. Y que tu respuesta sea: ante un Dios tan poderoso, fiel y tierno.

¡Alma mía, espera sólo en Dios!

DÍA 22: ESPERANDO EN DIOS LA CERTIDUMBRE DE SU BENDICIÓN

Y conocerás que yo soy Jehová, pues no se avergonzarán los que esperan en mí. (Isaías 49:23.) Dichosos cuantos esperan en El. (Isaías 30:18.)

¡Qué promesas! Cómo procura Dios atraernos para que esperemos en El con la más positiva seguridad de que nunca será en vano. «No se avergonzarán los que esperan en Mí.» Qué extraño que, aunque ya deberíamos haberlo experimentado, seamos tan lentos en aprender que este bendito esperar debe y puede ser como el mismo aliento de nuestra vida, un continuo descanso en la presencia de Dios y de su amor, un entregarse continuo a Él para que perfeccione su obra en nosotros. Oigamos una vez más y meditemos hasta que nuestro corazón diga con nueva convicción: «¡Dichosos los que esperan en El!» En la lección del día seis encontramos la oración del Salmo 25: «Que ninguno de los que esperan en ti sea avergonzado. El mismo hecho de la oración presenta el temor de que podría ser así. Oigamos la respuesta de Dios, hasta que todo temor se desvanezca, y podamos devolver al cielo las palabras que Dios dice: «No se avergonzarán los que esperan en mí». «Dichosos son todos los que en El esperan.»

El contexto de cada uno de estos dos pasajes presenta ocasiones en que la Iglesia de Dios se hallaba en gran dificultad, en que el ojo humano no podía ver liberación alguna en el horizonte. Pero Dios interpone su promesa, y garantiza con su poder sin límites la liberación de su pueblo. Y es como si Dios mismo hubiera emprendido la obra de su redención que nos invita a esperar en El, y nos asegura que no podemos ser decepcionados. Nosotros también vivimos momentos en que hay mucho en el estado de la Iglesia, con su profesión de formalismo, que es indescriptiblemente triste. Entre todo aquello por lo que damos gracias a Dios, hay, por desgracia, mucho de lo que hemos de lamentarnos. Si no fuera por las promesas de Dios bastaría para desesperarse. Pero en las promesas el Dios viviente nos ha dado la garantía de que nuestra causa es la suya. El se nos entrega. Nos dice que esperemos en El. Nos asegura que seremos avergonzados. Oh, que nuestros corazones pudieran aprender a esperar en El, hasta que El mismo nos revele lo que significan sus promesas, y en las promesas se revela a sí mismo en su gloria escondida! Seremos atraídos irresistiblemente a esperar en El sólo. Dios aumenta la compañía de los que dicen: «Nuestra alma espera en el Señor; porque El es nuestra defensa y nuestro escudo».

Este esperar en Dios en favor de su Iglesia y de su pueblo depende grandemente del lugar que tiene el esperar en El en nuestra vida particular.

La mente puede deleitarse contemplando con antelación lo que Dios ha dicho que haría, y los labios pueden hablar de estas cosas en palabras emocionantes, pero esto no es realmente la medida de nuestra fe o nuestro poder. No; lo es en cambio lo que realmente conocemos de Dios en nuestra experiencia personal: vencer al enemigo interior, reinar y gobernar, el que se nos revele en su santidad y poder en nuestro ser interior. Es esto lo que da la medida real de la bendición espiritual que podemos esperar de Él, y llevar a nuestros prójimos. Es en la medida que conocemos la bendición que ha sido el esperar en Dios en nuestras almas que tendremos confianza en la bendición que puede recibir la Iglesia que nos rodea, y el criterio de nuestra expectativa será: «Los que esperan en mí no serán avergonzados». Según lo que Él ha hecho en nosotros, confiaremos en que haga portentos alrededor nuestro. «Dichosos son los que esperan en Dios.» Sí, dichosos incluso ahora, al esperar. Las bendiciones prometidas, para nosotros y para los otros, pueden tardar en llegar; la bendición inexpresable de saber y tenerle a Él, el que nos lo ha prometido, la divina fuente de promesas, es ya nuestra ahora. Que esta verdad tome posesión plena de nuestras almas, que el esperar en Dios, es en sí mismo, el privilegio más elevado que puede disfrutar la criatura, la mayor bendición para el hijo de Dios redimido.

Como el sol entra con sus rayos y su calor, con su belleza y bendición, en cada hoja de hierba que se levanta de la fría tierra, el Dios eterno nos recibe en la grandeza y ternura de su amor, a cada débil hijo suyo que espera, para hacer brillar en su corazón «la luz del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo». Leamos estas palabras otra vez, hasta que el corazón aprenda a conocer lo que Dios espera hacer por nosotros. ¿Quién puede medir la diferencia entre el sol y la hoja de hierba? Y, sin embargo, la hierba tiene todo el sol que necesita. Creamos que al esperar en Dios, su grandeza y nuestra pequeñez se encuentran de un modo maravilloso. Inclinémonos en nuestra pobreza, vaciedad, impotencia, humildad, nulidad y entreguémonos a su voluntad, ante su gloria, y guardemos silencio. Al esperar en El, Dios se acercará. Dios se revelará a sí mismo como el Dios que puede cumplir victoriosamente todas sus promesas. Y que nuestro corazón otra vez cante: «Dichosos todos los que esperan en ». ¡Alma mía, espera sólo en Dios!

DÍA 23: ESPERANDO EN DIOS BIENES INESPERADOS

Porque desde el principio del mundo, los hombres no han visto ni oído, ni percibido el oído, ni visto los ojos. Oh, Dios, aparte de ti, lo que has preparado para aquellos que esperan en ti. (Isaías 64:4.)

Hay otras traducciones de este versículo. Otra traducción dice: «Ni ojo ha visto un Dios como tú, que obra en favor de aquel que espera en El». En la primera traducción la idea es que ningún ojo ha visto la cosa que Dios ha preparado. En esta otra, ningún ojo ha visto un Dios semejante a nuestro Dios, que obra en favor de los que esperan en El. Las dos ideas tienen algo en común: que nuestro lugar es esperar en Dios, y que nos revelará algo que el corazón humano no puede concebir. En 1.a Corintios 2:9, la cita se refiere a las cosas que el Santo Espíritu nos revelará, como en la primera traducción, y ésta es la idea que seguiremos.

En los versículos anteriores, especialmente en el capítulo 63:15 el profeta se refiere al bajo estado del pueblo de Dios. La oración presentada es: «Mira desde el cielo y contempla» (v. 15). «¿Por qué, oh Jehová, endureciste nuestro corazón a tu temor? Vuélvete por amor a tus siervos» (v. 17). Y en 64:1, todavía más urgente: «¡Oh, sí rasgases los cielos y descendieras, y a tu presencia se derritiesen los montes... para que hicieras notorio tu nombre a tus enemigos!» Luego sigue un recuerdo o invocación del pasado: «Como cuando haciendo cosas terribles, cual nunca esperábamos, descendiste, fluyeron los montes delante de ti.» «Porque» —sigue ahora la fe que ha sido despertada por el pensamiento de las cosas no esperadas; El es todavía el mismo Dios— «cosas que nunca se oyeron, ni oídos percibieron, ni ojo ha visto, oh Dios, fuera de ti; lo que has preparado en favor de aquellos que esperan en ti». Dios sólo sabe lo que puede hacer en favor del pueblo que espera en El. Como Pablo explica y aplica: «Cosas que el ojo no vio, ni el oído oyó, ni han subido al corazón del hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman. Pero que Dios nos las reveló a nosotros por medio del Espíritu».

La necesidad del pueblo de Dios, y la súplica de la intervención de Dios es tan urgente en nuestros días como lo era en los de Isaías. Hay ahora, como entonces, y como ha habido siempre, un remanente que busca a Dios de todo corazón. Pero, si miramos la Cristiandad en conjunto, el estado en que se halla la Iglesia de Cristo, hay innumerables razones para que imploremos a Dios que rasgue los cielos y descienda. No hay nada, excepto una intervención del Omnipotente, que pueda bastar. Me temo que no tenemos ningún concepto de lo que es el llamado mundo cristiano a la vista de Dios. A menos que Dios descienda «y fluyan los montes, y sea hecho notorio su nombre a sus enemigos», nuestra labor es relativamente inútil. Mi-remos al ministerio —cuánta sabiduría

humana, cuánta cultura literaria— pero cuán poca demostración del Espíritu y poder. Pensemos en la unidad del cuerpo —cuán poco se manifiesta el poder del amor divino que hace que los hijos de Dios sean uno. Pensemos en la santidad —la santidad de la humildad como la de Cristo y la crucifixión al mundo— cuán pocos cristianos ve el mundo que viva la vida de Cristo.

¿Qué se puede hacer? Nada más que una cosa. Esperar en Dios. ¿Para qué? Hemos de clamar, con un clamor que no cese: «Oh, sí rasgases los cielos, y descendieras, y a tu presencia se derritiesen los montes». Hemos de desear y creer, hemos de pedir y esperar, que Dios hará cosas inesperadas. Hemos puesto nuestra fe en un Dios de quien los hombres no saben qué es lo que tiene preparado para ellos. El Dios que obra milagros, que puede sobrepasar todas nuestras expectativas, debe ser el Dios de nuestra confianza.

Sí, que el pueblo de Dios ensanche sus corazones, para esperar en un Dios capaz de hacer cosas muy superiores a todo lo que el hombre ha visto u oído. El puede levantarse y hacer para su pueblo un nombre y un motivo de alabanza en la tierra. «Por tanto, Jehová aguardará para otorga-ros su gracia, dichosos todos los que esperan en El.»

¡Alma mía, espera sólo en Dios!

DÍA 24: ESPERANDO EN DIOS PARA CONOCER SU BONDAD

*Bueno es Jehová para los que en él esperan, para el alma que le busca.
(Lamentaciones 3: 25.)*

«Nadie hay bueno sino sólo Dios.» «Su bondad está en los cielos.» «Cuán grande es tu bondad, que has dispuesto para los que te temen.» «¡Gustad y ver cuán bueno es Jehová!» Y ésta es la verdadera manera de entrar en la bondad de Dios y gozarse en ella: el esperar en El. El Señor es bueno —incluso sus hijos no lo saben, con frecuencia, porque no esperan en quietud para que El se lo revele. Pero, a aquellos que perseveran esperando, a aquellas almas que esperan, es bien perceptible. Uno podría pensar que es precisamente aquellos que tienen que esperar que debieran tener dudas. Pero, es sólo cuando no esperan, que se impacientan. Los que verdaderamente esperan dicen: «El Señor es bueno para los que en él esperan». Ojalá que conocierais toda la bondad de Dios; os dierais más que nunca a la vida de esperar en El.

Cuando entramos en la escuela del esperar en Dios, el corazón está principalmente establecido en las bendiciones que espera. Dios graciosamente usa nuestra necesidad y deseo de ayuda para educarnos en algo más elevado que lo que estamos pensando. Estábamos buscando dones; El, el Dador, desea dársenos a sí mismo, y satisfacer al alma con su bondad. Es simplemente por esta razón que con frecuencia retiene los dones, y el tiempo de espera se nos hace largo. El entretanto procura ganar el corazón de su hijo hacia El. Dios desea que no sólo digamos cuando nos concede un don: «¡Qué bueno es Dios!» sino que antes de que llegue, e incluso si nunca llega, digamos: Es bueno que un hombre espere en silencio: «El Señor es bueno para los que en él esperan».

¡Qué bienaventurada vida es la del que espera entonces, en una adoración continua de fe, y con-fianza en su bondad! Cuando el alma descubre este secreto, cada acto o ejercicio de espera se vuelve un entrar quieto en la bondad de Dios, y dejar que su bendita obra satisfaga todas nuestras necesidades. Y cada experiencia de la bondad de Dios da al esperar nuevo atractivo, en vez de sólo ser un refugio en tiempo de necesidad, se vuelve un continuo anhelar todo el día. Y sean cuales sean los deberes y obligaciones que nos ocupan el tiempo y la mente, el alma se hace más familiar con el arte secreto de estar siempre esperando. El esperar se vuelve el hábito y la disposición, la verdadera segunda naturaleza y aliento del alma.

Querido cristiano, ¿no empiezas a ver que el esperar es, no una de las virtudes cristianas en la que pensar de vez en cuando, sino que expresa la disposición en que se basa la verdadera raíz de la vida cristiana? Da un valor más elevado y un nuevo poder a nuestra oración y adoración,

a nuestra fe y entrega, a causa de que nos enlaza, en dependencia inalterable con el mismo Dios. Y nos da el goce ininterrumpido de la bondad de Dios: «El Señor es bueno para los que en él esperan».

Déjame insistir una vez más en que pongas tiempo aparte y te preocupes de cultivar este elemento tan necesario de la vida cristiana. Recibimos demasiada religión de segunda mano de las enseñanzas de los hombres. Esta enseñanza es de gran valor si, del mismo modo que la predicación de Juan el Bautista, que envió a sus discípulos a Jesús, nos conduce a nosotros al mismo Dios. Por-que esto es lo que necesita nuestra religión más de Dios. Son muchos los que están ocupados con trabajo. Como Marta, el mismo servicio que que-remos rendir al Maestro nos separa de Él; no es ni agradable a Dios ni provechoso para nosotros. Cuanto más trabajo, más necesidad tenemos de esperar en El; el hacer la voluntad de Dios entonces, en vez de agotarnos, es nuestra comida y nuestra bebida, nutrición, refrigerio y fuerza. «El Señor es bueno para los que esperan en El.» Cuán bueno, nadie puede decirlo si no lo ha probado, esperando en El. Cuán bueno, nadie puede verdaderamente decirlo, si no ha probado a Dios hasta lo sumo.

¡Alma mía, espera sólo en Dios!

DÍA 25: ESPERANDO EN DIOS QUIETAMENTE

Bueno es esperar en silencio la salvación de Jehová. (Lamentaciones 3:26.)

«Observa y guarda silencio; no temas ni te des-mayes.» «En quietud y en confianza será vuestra fortaleza.» Estas palabras nos revelan la estrecha relación que hay entre la quietud y la fe, y nos muestran la profunda necesidad que tenemos de quietud, un elemento del verdadero esperar en Dios. Si hemos de volver nuestro corazón enteramente a Dios, hemos de apartarlo de la criatura, de todo lo que nos ocupa e interesa, sea gozo o sufrimiento.

Dios es un ser de una grandeza y gloria infinitas, y nuestra naturaleza ha sido alienada de El hasta el punto de que se requiere todo nuestro corazón y deseo para poder, incluso en una medida ínfima, conocerle y recibirle. Todo lo que no es Dios, que provoca nuestro temor o estimula nuestros esfuerzos, o despierta nuestras esperanzas o nos da contento, estorba nuestro perfecto esperar en El. El mensaje tiene un profundo significado: «Observa y guarda silencio»; «En quietud será vuestra fortaleza»; «Es bueno que el hombre espere en quietud».

Las Escrituras abundan en testimonios de que el pensamiento de Dios en su majestad y su santidad debe imponernos silencio.

«Jehová está en su santo templo: calle delante de Él toda la tierra» (Habacuc 2:20).

«Calla en la presencia de Jehová el Señor» (Sofonías 1:7).

«Calle toda carne delante de Jehová; porque él se ha levantado de su santa morada» (Zacarías 2: 13).

En tanto que el esperar en Dios es considerado principalmente como un fin hacia una oración más efectiva, y la obtención de nuestras peticiones, no se puede obtener este espíritu de perfecta quietud. Pero, cuando se ve que el esperar en Dios es en sí una bendición inefable, una de las formas más altas de comunión con el Santo de Israel, la adoración a Dios en su gloria humillará necesariamente al alma en una santa quietud, preparando el camino para que Dios hable y se revele a sí mismo. Entonces viene el cumplimiento de la preciosa promesa, la de que el yo y el esfuerzo del yo será humillado: «La altivez del hombre será rebajada, y sólo el Señor será exaltado en aquel día.»

Que todo aquel que quiera aprender el arte de esperar en Dios recuerde la lección: «Observa y guarda silencio»; «Es bueno que el hombre espere quietamente». Separa tiempo, aparte de tus amigos, deberes, cuidados y otros goces; tiempo para en quietud y silencio pasarlo delante de Dios. Separa el tiempo no sólo para asegurarte que

no seas estorbado por el hombre y por el mundo, sino también por ti mismo y tu energía. Que la Palabra y la oración sean preciosas; pero recuerda, incluso éstas pueden dificultar la espera quieta. La actividad de la mente en el estudio de la Palabra, o dando expresión a los pensamientos en la oración, las actividades del corazón, con sus deseos, esperanzas y temores, pueden ocuparnos de modo que no podamos alcanzar la quieta espera en el Eterno; todo nuestro ser postrado en silencio ante El. Aunque al principio pueda parecer difícil saber esperar así en quietud, con las actividades de la mente y el corazón sometidas durante un tiempo, todo esfuerzo en esta dirección será recompensado. Encontraremos que cunde en nosotros, y que la sesión de adoración en silencio nos trae una paz y un descanso que son una bendición no sólo en la hora de oración, sino todo el día.

«Es bueno que el hombre... espere quietamente la salvación del Señor.» Sí, es bueno. La quietud es una confesión de nuestra impotencia. No puede conseguirse con todos nuestros anhelos y esfuerzos, con nuestro pensar ni aun nuestro orar; debemos recibirlo de Dios. Es la confesión de nuestra confianza en que Dios vendrá a su tiempo en nuestra ayuda —el descanso silencioso sólo en El—. Es la confesión de nuestro deseo de anularnos, hundirnos, y dejar a Dios que obre y se revele a nosotros. Esperemos quietamente. Que haya en la vida de cada día del alma que espera que Dios haga su maravillosa obra, una reverencia queda, un permanecer vigilando contra todo lo que sea envolvemos demasiado en este mundo, y todo el carácter pasará a llevar una hermosa marca: el esperar quietamente en la salvación de Dios.

¡Alma mía, espera sólo en Dios!

DÍA 26: ESPERANDO EN DIOS EN SANTA EXPECTATIVA

Mas yo pongo mis ojos en Jehová, espero en el Dios de mi salvación; el Dios mío me oirá. (Miqueas 7:7.)

¿Habéis leído un librito titulado «Rincones de expectativa»? Si no lo habéis leído, procurad leerlo: hallaréis en él uno de los mejores sermones sobre nuestro texto. Se nos cuenta en él, de un rey que tenía preparada una ciudad para que residieran en ella sus súbditos pobres. En la ciudad había grandes depósitos o almacenes, llenos de pro-visiones para satisfacer sus necesidades. Bastaba con hacer peticiones para obtener las provisiones. Impuso, sin embargo, una condición: que habían de esperar la respuesta, de modo que cuando los mensajeros del rey les entregaran la respuesta a sus peticiones, debían estar esperando y prepara-dos para recibirla. Se cuenta de un súbdito que se hallaba muy desanimado y que no esperaba obtener lo que había pedido porque se consideraba indigno. Un día le llevaron al almacén del rey, y allí, para su gran sorpresa, vio que había gran número de paquetes hechos y enviados a su nombre y dirección. Había el vestido de la alabanza, el óleo del gozo, el unguento de... todo lo que se podía pedir. Los habían llevado a su casa pero habían hallado la puerta cerrada; no estaba esperando. A partir de entonces aprendió la lección que enseñó entonces Miqueas, y que nos enseña hoy todavía. «Pongo mis ojos en Jehová, espero en el Dios de mi salvación; el Dios mío me oirá.»

Hemos dicho más de una vez: El esperar una respuesta no es el todo de la oración, sino sólo una parte. Hoy queremos aceptar esta bendita verdad de que es una parte, y una parte muy importante. Cuando tenemos peticiones especiales en relación con lo que estamos esperando en Dios, nuestro esperar debe ser definitivamente en la confiada seguridad de que: «El Dios mío me oirá». La expectativa gozosa y santa está en la verdadera esencia del esperar. Y esto no es sólo con referencia a las muchas requisitorias que cada creyente tiene que hacer, sino más especialmente a la gran petición que debería ser lo principal que cada corazón debe procurar para sí mismo: que la vida de Dios pueda tener dominio sobre el alma. Que Cristo pueda ser formado plenamente dentro, y que podamos estar llenos de la plenitud de Dios. Esto es lo que ha prometido Dios. Esto es lo que con frecuencia el pueblo de Dios no busca como debiera, porque no cree que sea posible. Esto es lo que deberíamos buscar y atrevemos a esperar, porque Dios es capaz de hacerlo en nosotros, y espera poder hacerlo.

Pero, Dios mismo debe hacerlo. Y por ello, nuestra actividad debe cesar. Hemos de ver claramente que ha de tener lugar por completo por la fe en la operación de Dios que levantó a Jesús de los muertos, lo mismo que la resurrección, el perfeccionamiento de la vida de Dios en nuestras almas debe ser la obra directa de Dios. Y el esperar ha de ser más que

nunca un aguardar ante Dios en quietud del alma, contando con El que levanta los muertos y llama a la existencia la cosa que no existe.

Notemos cómo el uso del nombre de Dios en nuestro texto nos señala que El es aquel en quien hemos de tener toda expectativa: «Yo pongo mis ojos en Jehová, espero en el Dios de mi salvación; el Dios mío me oirá». Todo lo que es salvación, todo lo que es bueno y santo debe proceder de la poderosa obra de Dios dentro de nosotros. En cada momento de una vida en la voluntad de Dios debe haber la inmediata operación de Dios. Y lo que debo hacer es esto: poner los ojos en el Señor; esperar en el Dios de mi salvación; agarrarme a la seguridad de que «el Dios mío me oirá».

Dios dice: «Estate quieto y sabe que Yo soy Dios».

No hay quietud y silencio como el de la tumba. En la tumba de Jesús, en la comunión de su muerte, en la muerte al yo con su voluntad y sabiduría, su fuerza y su energía, se halla reposo. Cuando el yo deja de hablar, y nuestra alma se halla en silencio ante Dios, Dios se levanta y se nos revela «Estate quieto y sabe», entonces sabrás que «El es Dios». No hay silencio y quietud como la que da Jesús cuando ordena: «Calla, enmudece.» En Cristo, en su muerte y en su vida, en su perfecta redención el alma puede estar quieta, en silencio, y Dios puede entrar en nosotros, tomar posesión y hacer su obra perfecta.

¡Alma mía, estate quieta delante de Dios!

DÍA 27: ESPERANDO EN DIOS PARA REDENCIÓN

Simeón... era justo y devoto, aguardando la consolación de Israel: y el Santo Espíritu estaba sobre él;...Ana, una profetisa... comenzó a hablar de él a todos los que aguardaban la redención en Jerusalén. (Lucas 2:25, 36,38.)

Aquí tenemos la marca de un creyente que espera. Justo, recto en toda su conducta; devoto, consagrado a Dios, andando siempre en su presencia; esperando la consolación de Israel, esperando el cumplimiento de las promesas de Dios: y el Espíritu Santo estaba sobre él. En su devoto esperar había sido preparado para esta bendición. Y Simeón no fue el único. Ana habló a todos los que esperaban la redención en Jerusalén. Estos dos estaban esperando en Dios; aguardando su redención prometida.

Y ahora que la Consolación de Israel ha llegado, y que la redención ha sido cumplida, ¿todavía hemos de esperar? Sin duda alguna. Pero, ¿no va a diferir esta expectativa, que mira al pasado, a algo que todavía no había acontecido? Sí, diferirá, especialmente en dos aspectos. Ahora esperamos en Dios en el pleno poder de la redención y esperamos su plena revelación.

Nuestra espera es ahora en el pleno poder de la redención. Cristo dijo: «En aquel día conoceréis que estáis en mí. Permaneced en mí.» Las Epístolas nos enseñan que nos presentemos delante de Dios: «Como muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús.» «Bendecidos con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo Jesús.» Nuestro esperar en Dios puede ahora ser la maravillosa comprensión, obrada y mantenida por el Espíritu Santo en nosotros, de que somos aceptados en el Amado, que el amor que descansa en El, descansa en nosotros, que vivimos en este amor, en la mayor proximidad y presencia y a la vista de Dios. Los antiguos santos fundaron su confianza en la Palabra de Dios, y esperaron, confiando en la Palabra; nosotros confiamos en la Palabra también, pero, ¡oh, bajo qué maravillosos privilegios, pues somos uno en Cristo Jesús! En nuestro esperar en Dios, que sea ésta nuestra confianza: en Jesús tenemos acceso al Padre; cuán seguros, por tanto, podemos estar de que nuestro esperar no puede ser en vano.

Nuestro esperar difiere también en esto, que mientras ellos esperaban una redención que había de venir, nosotros la vemos ya como realizada, y ahora esperamos su revelación a nosotros. Cristo no sólo dijo: «Permaneced en Mí», sino también: «Y yo en vosotros.» Las Epístolas no sólo hablan de que «nosotros estamos en Cristo», sino también que «Cristo está en nosotros», el gran misterio del amor redentor. En tanto que mantenemos nuestro lugar en Cristo, día tras día, Dios espera revelarnos a Cristo en nosotros de tal manera que El se forme en

nosotros, que su mente, y disposición y semejanza, adquiera forma y sustancia en nosotros, de modo que cada uno pueda decir en verdad: «Cristo vive en mí.»

Mi vida en Cristo arriba en el cielo y la vida de Cristo en mí, abajo en la tierra: estas dos, se complementan la una en la otra. Y cuanto más mi esperar en Dios está marcado por una fe viva, en «Yo en Cristo», más el corazón desea y dama el «Cristo en mí». Y el esperar en Dios, que empezó con necesidades especiales y oración, se irá concentrando, en cuanto se refiere a nuestra vida particular, en esto: Dios, revela tu redención plenamente en mí, que Cristo viva en mí.

Nuestro esperar difiere del de los santos de antaño en el lugar que ocupamos, y en las expectativas que tenemos. Pero, la raíz es la misma: esperar en Dios, en el cual hemos puesto nuestras expectativas.

Aprende una lección de Simeón y Ana. Cuán imposible fue para ellos hacer nada hacia la gran redención: hacia el nacimiento de Cristo o su muerte. Fue obra de Dios. Ellos sólo podían esperar. ¿Somos por completo impotentes e inválidos con respecto a la revelación de Cristo en nosotros? Lo somos en absoluto. Dios no obró la gran redención en Cristo como un conjunto, dejándonos luego la aplicación en detalle a nosotros.

El pensamiento secreto de que no es así, es precisamente lo que se halla en la raíz de toda nuestra debilidad. La revelación de Cristo en cada creyente individual, y la revelación diaria en cada uno, pasó a paso y momento tras momento, es igualmente la obra de Dios omnipotente como lo fue el nacimiento o resurrección de Cristo. Hasta que esta verdad entre en nosotros y nos llene, y sintamos que somos tan dependientes de Dios por cada momento de nuestra vida y el gozo de la redención como ellos lo eran en su espera, nuestro esperar en Dios no nos traerá su plena bendición. El sentido de total y absoluta invalidez, la confianza en que Dios puede hacerlo todo y lo hará, éstas deben ser la marca de nuestra espera, como la de ellos. Con la misma gloria con que Dios se mostró a ellos fiel y capaz de obrar portentos, lo será también para nosotros.

¡Alma mía, espera sólo en Dios!

DÍA 28: ESPERANDO LA VENIDA DE SU HIJO

«Sed semejantes a hombres que aguardan a su señor cuando regrese de las bodas.» (Lucas 12:36.)

A que guardes el mandamiento sin mácula ni reprensión, hasta la aparición de nuestro Señor Jesucristo, la cual a su debido tiempo mostrará el bienaventurado y único Soberano, Rey de Reyes y Señor de señores. (1.* Timoteo 6: 14,15.)

Abandonando los ídolos para servir al Dios vivo y verdadero, y esperar de los cielos a su hijo. (1." Tesalonicenses 1:9,10.)

Esperando en Dios, en el cielo, y esperando a su Hijo del cielo, las dos cosas las ha juntado Dios, y nadie puede separarlas. El esperar en Dios, su presencia y su poder en la vida diaria será la única preparación verdadera para la espera de Cristo en humildad y verdadera santidad. El esperar a Cristo que aparecerá desde el cielo, para llevarnos al cielo, dará al esperar en Dios su verdadero tono de esperanza y gozo. El Padre, que a su sazón revelará a su Hijo desde el cielo, es el Dios que, mientras esperamos en El, nos prepara para la revelación de su Hijo. La vida presente y la gloria venidera se hallan inseparablemente entrelazadas en Dios y en nosotros.

Hay a veces peligro en separarlas. Es siempre más fácil envolverse en la religión del pasado o del futuro que ser fiel a la religión de hoy. Al mirar lo que Dios hizo en el pasado, o hará en el futuro, se nos escapa a veces la exigencia del deber presente y la sumisión de hoy a su obra. El esperar en Dios debe conducirnos a esperar a Cristo como la gloriosa consumación de su obra; y el esperar a Cristo, debe recordarnos siempre el deber de esperar en Dios como la única prueba de que el esperar a Cristo es en espíritu y en verdad. Hay el peligro de que nos ocupemos tanto con las cosas que han de venir como con Aquel que ha de venir. Hay un campo tal en el estudio de los sucesos que han de venir para la imaginación y la razón humana, que nada sino un humilde esperar en Dios puede salvarnos de tomar equivocadamente el interés y placer intelectual del estudio, por el verdadero amor a Él y su aparición. Todos los que decís que estáis esperando la venida de Cristo estad seguros que estáis también esperando en Dios ahora. Todos los que procuráis esperar en Dios ahora para que revele a su Hijo en vosotros, procurad hacerlo como quienes esperan la revelación del Hijo desde el cielo. La esperanza de esta gloriosa aparición fortalecerá vuestro esperar en Dios por lo que Él ha de hacer en vosotros ahora. El mismo amor omnipotente que ha de revelarnos esta gloria está obrando en vosotros ahora, para haceros aptos para ella.

«Aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo» (Tito 2:13), es uno de los

grandes lazos de unión dado a la Iglesia de Dios de todas las edades. «El vendrá para ser glorificado en sus santos, y para que se maravillen en El todos los que creen.» Entonces nos reuniremos todos, y la unidad del cuerpo de Cristo se verá en toda su divina gloria. Será la congregación y el triunfo del amor divino. Jesús recibiendo a los suyos y presentándolos al Padre. El reunirnos con El y adorar en amor inexpresable su bendito rostro; el reunirnos con cada uno de nosotros, en el éxtasis del mismo amor de Dios. Esperemos, anhelemos y amemos la aparición de nuestro Señor y Esposo celestial. La verdadera y única marca del espíritu nupcial es amor tierno hacia El y amor tierno de los unos a los otros.

Me temo en alto grado que olvidamos esto con frecuencia. Se hace a veces énfasis en la expectativa de la fe como la verdadera marca de la Esposa. Si así fuera podría darse el caso de una novia indigna que pensara en la boda sólo por lo que va a sacar de ella, y considerársela una esposa fiel. No. La expectativa de la fe puede existir sin haber amor. No es cuando nos ocupamos en temas proféticos que estamos en el lugar de la esposa, sino cuando en humildad y amor nos acercamos al Señor y a los hermanos. Jesús rehúsa aceptar nuestro amor si no va acompañado de amor a sus discípulos. Su venida significa esperar la gloriosa manifestación venidera de la unidad del cuerpo, mientras que procuramos aquí mantener esta unidad en humildad y amor. Los que más aman son los que están más preparados para su venida. El amor de unos a otros es la vida y la belleza de su Esposa, la Iglesia.

Y ¿cómo se ha de realizar esto? Querido hijo de Dios, si quieres aprender rectamente a esperar al Hijo del cielo, vive ahora esperando en Dios en el cielo. Recuerda que Jesús vivió siempre esperando en Dios. El no podía hacer nada de sí mismo. Era Dios el que perfeccionaba a su Hijo a través del sufrimiento y que luego lo exaltó. Es Dios sólo que puede darte la vida profunda espiritual de aquel que realmente está esperando al Hijo: espera en Dios. El esperar a Cristo mismo es tan diferente de esperar las cosas que puede que ocurran. Esto último lo puede hacer todo cristiano; lo primero, el esperar a Cristo, Dios debe obrarlo en ti cada día por medio del Espíritu Santo. Por tanto vosotros, todos los que esperáis en Dios, procurad que El os dé gracia para esperar a su Hijo desde el cielo, en el Espíritu que viene del cielo. Y los que queréis esperar al hijo, esperad en Dios, para que os revele continuamente a Cristo en vosotros.

La revelación de Cristo en nosotros, tal como es dada a aquellos que esperan en Dios, es la verdadera preparación para la plena revelación de Cristo en gloria.

¡Alma mía, espera sólo en Dios!

DÍA 29: ESPERANDO LA PROMESA DEL PADRE

Les mandó que no se fueran de Jerusalén, sino que aguardasen la promesa del Padre. (Hechos 1:4.)

Al hablar de los santos de Jerusalén, con ocasión del nacimiento de Cristo, con Simeón y Ana, vimos que, aunque la redención que ellos esperaban ya ha llegado, la llamada a esperar no es menos urgente ahora que entonces. Esperamos la plena revelación en nosotros de lo que les llegó a ellos, pero que ellos apenas podían comprender. De la misma manera nosotros estamos esperando la promesa del Padre. En un sentido, el cumplimiento no puede volver otra vez como ocurrió en Pentecostés. En otro sentido, y esto con una realidad tan profunda como para los primeros discípulos, necesitamos esperar diariamente en el Padre, para que cumpla la promesa en nosotros.

El Santo Espíritu no es una persona distinta del Padre en la manera en que son distintas dos personas en la tierra. El Padre y el Espíritu no pueden nunca ser separados el uno del otro. El Padre es siempre en el Espíritu; el Espíritu no hace sino lo que el Padre obra en él. En todo momento el mismo Espíritu que está en nosotros está en Dios también, y aquel que está más lleno del Espíritu será el primero en esperar en el Padre con más anhelo, para que se cumpla mejor la promesa y todavía ser reforzado poderosamente por el Espíritu en el hombre interior. El Espíritu en nosotros no es un poder que está a nuestra disposición. Ni es el Espíritu un poder independiente, obrando aparte del Padre y del Hijo. El Espíritu es la presencia viva y real y el poder del Padre, obrando en nosotros. Por tanto es precisa-mente aquel que sabe que el Espíritu está en él, el que espera la plena revelación y la experiencia de lo que es el revestimiento del Espíritu, así como su aumento, para que abunde más y más.

Esto lo vemos en los apóstoles. Fueron llenos del Espíritu en Pentecostés. Cuando, no mucho después, al regresar del Concilio, se les prohibió que predicaran, obraron de nuevo pidiendo valor para hablar en su nombre y un nuevo descenso del Espíritu Santo fue el nuevo cumplimiento de la promesa.

En Samaria, por obra del Espíritu y de la Palabra, se convirtieron muchos y toda la ciudad se llenó de gozo. Ante la oración de los apóstoles, el Padre cumplió otra vez la promesa. Lo mismo a la compañía de los que esperaban en casa de Cornelio: «Estamos aquí delante de Dios.» Y también en Hechos 13. Fue cuando los hombres llenos del Espíritu oraron y ayunaron, que la promesa del Padre fue cumplida de nuevo, y la dirección del Espíritu ordenó desde el cielo: «Apartadme a Bernabé y a Saulo.»

También hallamos a Pablo, en Efesios, orando en favor de aquellos que habían sido sellados con el Espíritu para que Dios les concediera el espíritu de iluminación. Y más adelante, para que Dios les concediera, según las riquezas de su gloria, el ser fortalecido con el poder del Espíritu en el hombre interior.

El Espíritu dado en Pentecostés no fue algo que Dios no podía usar en el cielo y así lo envió a la tierra. Dios no da las cosas de esta manera. Cuando El da gracia, fuerza o vida, lo da dándose a Sí mismo para obrarlo: es decir, es algo inseparable de Sí mismo. (Esto se explicará al final en una nota: El Poder del Espíritu.) Mucho más por lo que se refiere al Espíritu Santo. Es Dios, presente y obrando en nosotros. La verdadera posición en la cual podemos contar con esta obra con incesante poder es dando gracias y alabando por el poder que tenemos, esperando todavía en la promesa del Padre para ser llenos del mismo con más abundancia.

¡Qué nuevo significado y promesa da esto a la vida de espera! Nos enseña a conservarnos en el lugar en que los discípulos esperaban en el estrado del Trono. Nos recuerda que, impotentes cómo eran de hacer frente a sus enemigos, o de predicar a los enemigos de Cristo, hasta que fueron revestidos de poder, nosotros también sólo somos fuertes en la vida de fe, o la obra de amor, cuando estamos en comunicación directa con Dios y Cristo, y ellos mantienen la vida del Espíritu en nosotros. Nos asegura que la voluntad del Dios omnipotente, por medio de Cristo glorificado, obra en nosotros un poder que puede hacer que ocurran cosas inesperadas, cosas imposibles. ¡Oh!, ¿qué es lo que no podrá hacer la Iglesia cuando sus miembros individualmente aprendan a vivir vidas de espera en Dios, y cuando juntos, habiendo sacrificado su yo y el mundo en el fuego del amor, se unan esperando unánimes la promesa del Padre, que se cumplió una vez tan gloriosamente, pero todavía no se ha agotado o no ha caducado?

Ven y quedémonos quietos en presencia de la inconcebible grandeza de esta perspectiva: el Padre esperando llenar la iglesia con el Espíritu Santo. Y queriendo llenarme a mí, puede decir cada uno.

Con esta fe se extiende sobre el alma un silencio y un santo temor, mientras espera en quietud para recibirlo todo. Y que la vida pase a ser de modo creciente un gozo profundo, en la esperanza de un cumplimiento de la promesa del Padre, cada día más pleno.

¡Alma mía, espera sólo en Dios!

DÍA 30: ESPERANDO EN DIOS CONTINUAMENTE

Tú, pues, vuélvete a tu Dios; guarda misericordia y juicio, y espera siempre en tu Dios. (Oseas 12:6.)

La continuidad es uno de los elementos esenciales de la vida. El interrumpirla durante unos minutos en el hombre significa que está perdido: ha muerto. La continuidad, la no interrupción, el sin cesar, son esenciales para una vida cristiana sana. Dios quiere que sea y Dios espera hacerme; y al mismo tiempo yo quiero ser y espero que El me haga, en todo momento, según sus planes respecto a mí, lo que es agradable a su vista. Si el esperar en Dios está en la esencia de la verdadera religión, el mantenimiento del espíritu de dependencia total debe ser continuo. La llamada de Dios: «Espera en tu Dios siempre» (o continuamente como dicen otras traducciones) debe ser aceptada y obedecida. Puede haber ocasiones de espera especial: la disposición y hábito del alma debe ser inmutable y sin interrupción.

Este esperar continuamente es en realidad una necesidad. Para los que están contentos con una vida cristiana débil, parece un lujo algo que va más allá de lo esencial para ser cristiano. Pero, todos los que pronuncian la oración: «¡Señor, hazme tan santo como pueda serlo un pecador perdonado! Guárdame tan cerca de Ti como me sea posible. ¡Lléname de tu amor como a Ti te agrade!», éstos sentirán al momento que es algo que necesitan tener. Estos comprenderán que no puede haber una comunión constante con Dios, no hay un pleno permanecer en Cristo, ni posibilidad de mantener la victoria sobre el pecado y estar siempre alerta para el servicio, sin esperar en el Señor de modo continuo.

El esperar de modo continuo es algo posible. Muchos creen que con los deberes de la vida esto hay que darlo por descontado. No creen que sea posible pensar siempre en ello. Aunque quieren hacerlo, lo olvidan.

No comprenden que éste es un asunto del corazón, y que aquello de que está lleno el corazón, lo ocupa, incluso cuando los pensamientos se dirigen a otra cosa. El corazón de un padre está lleno continuamente de amor intenso para un hijo lejano o una esposa enferma, aunque haya negocios urgentes que atender en el pensamiento. Cuando el corazón ha aprendido que es por completo impotente para guardarse o para hacer nada bueno, cuando ha aprendido cuán seguro y firme lo mantiene Dios, cuando, a pesar de sí mismo, ha aceptado la promesa de Dios de hacer lo imposible, aprende a descansar en Dios, y en medio de las ocupaciones y las tentaciones puede esperar de modo continuo.

Este esperar es una promesa. Dios sólo nos manda aquello que nos posibilita para hacer; los preceptos del Evangelio son todas promesas, una revelación de lo que Dios hará por nosotros. Cuando empezamos a

esperar en Dios, de vez en cuando hay interrupciones y fallos. Pero hemos de creer que Dios vela sobre nosotros en amor y secretamente nos fortalece en la obra. Hay ocasiones en que el esperar parece pérdida de tiempo, pero no es así. Al esperar, incluso en las tinieblas, tiene lugar un proceso inconsciente, porque es Dios el que cuida de Él, el que obra en nosotros. Dios que te llama a esperar en El, ve tus pobres esfuerzos y obra en ti. Tu vida espiritual no es en ningún respecto tu propia obra; nosotros no podemos ni empezarla ni continuarla. Es el Espíritu de Dios que ha empezado la obra de esperar en Dios; él te permitirá continuarla.

El esperar continuamente será recompensado por el hecho de que Dios mismo obrará continuamente. Estamos llegando al fin de nuestras meditaciones. Ojalá que tú y yo hayamos aprendido una lección: Dios debe, Dios obrará continuamente. El obra siempre continuamente, pero el experimentarlo es estorbado por la falta de fe. Pero Aquel que, por su Espíritu te enseña a esperar continuamente, te hará experimentar también que, siendo El eterno, su obra nunca cesa. En el amor en la vida y la obra de Dios no hay cortes, no hay interrupciones.

No limites a Dios en esto con tus pensamientos de lo que se puede esperar. Fija tus ojos en una verdad: por su propia naturaleza, Dios, como Dador de la vida, no puede hacer otra cosa que obrar en su hijo en todo momento. No mires esta relación sólo desde un lado: «Si yo espero continuamente, Dios obrará continuamente.» No, míralo desde el otro lado. Coloca a Dios primero y di: «Dios obra continuamente; cada momento puedo esperar en El sin interrupción.» Espera hasta que veas clara la visión de tu Dios obrando continuamente, sin interrupción, llenando tu ser. Tu esperar continuamente vendrá luego, de modo natural. Lleno de confianza y gozo, el santo hábito del alma será: «En Ti espero todo el día.» El Santo Espíritu te mantendrá siempre esperando.

¡Alma mía, espera sólo en Dios!

EN TODO MOMENTO

«Yo el Señor la cuido: la riego en todo momento.»

Muriendo en Cristo su muerte que es mía; viviendo con Cristo, su vida divina; mirando a Cristo, en gloria esplendente oh Señor, soy tuyo en todo momento. Cada momento El vida me da cada momento conmigo El está hasta que llegue su gloria a ver; cada momento le entrego mi ser.

Nunca una lucha sin que El luche conmigo, ni una sola empresa en la que no me ayude; levanta por encima su bandera blanca ni un solo momento la pierdo de vista. Nunca una prueba sin que esté a mi lado, nunca una carga sin darme una mano, nunca una pena en que no participe en todo momento bajo su cuidado.

Nunca un problema, y nunca una queja, nunca una lágrima y nunca un gemido; nunca un peligro sino que en el trono en todo momento estoy junto a Él. Si me siendo débil El me corrobora; sea en sufrimiento o en prosperidad si me encuentro enfermo es Él quien me cura; El nunca me deja.

El conmigo está.

DÍA 31: ESPERANDO EN DIOS SOLAMENTE

Alma mía, reposa solamente en Dios, Porque de él procede mi esperanza. Solamente El es mi roca y mi salvación. (Salmo 62:5,6.)

Es posible estar esperando continuamente en Dios, y a pesar de esto no estar esperando sola-mente en El. Puede haber otras situaciones escondidas que intervengan y que impidan la bendición que se espera. Así que la palabra «solamente» tiene que aparecer para mostrar su luz en el camino hacia la plenitud y la certeza de la bendición. «Mi alma espera solamente en Dios... Solamente El es mi roca.»

Sí. «Mi alma espera solamente en Dios.» Sólo hay un Dios, sólo hay una fuente de vida y de felicidad para el corazón; «Solamente El es mi roca»; «mi alma espera solamente en Dios». Tu deseo es ser bueno. «No hay nadie bueno, sino sólo Dios», y no hay otra bondad posible que la recibida directamente de Dios. Has procurado ser santo: «No hay nadie santo sino sólo Dios», y no hay santidad sino la que El, por medio de su Espíritu de santidad, inspira en ti en todo momento.

De buena gana vivirías y trabajarías por Dios y su reino, para los hombres y su salvación. Escucha cuando dice: «El Eterno Dios, el Creador de los cabos de la tierra. El da fuerzas al que desmaya, y al que no tiene ánimo le redobla la fuerza. Los que esperan en Jehová recibirán nuevas fuerzas.» Sólo El es Dios; sólo El es tu roca: «Alma mía, espera solamente en Dios.»

«Alma mía, espera solamente en Dios.» No hallarás a muchos que te ayuden a hacerlo. Habrá muchos hermanos que tratarán de que pongas tu confianza en iglesias y doctrinas, en planes, proyectos y diseños humanos, en medios de gracia y asignaciones divinas. Pero; «mi alma espera so-lamente en Dios». El mismo. El más sagrado de los planes se convierte en una trampa cuando se pone confianza en él. La serpiente de bronce se convierte en Nehushtan; el arca y el templo un apoyo vano. ¡Que el Dios vivo solamente, nadie sino El, sea tu esperanza!

«Alma mía, espera solamente en Dios.» Los ojos, las manos, los pies, la mente y el pensamiento puede que tengan que estar atentos y ocupados en los negocios de la vida: «Mi alma espera sola-mente en Dios.» Tú eres un espíritu inmortal, creado no para este mundo sino para la eternidad y para Dios. ¡Oh, alma mía, date cuenta de tu destino! Comprende cuál es tu privilegio y «espera solamente en Dios». Que tu interés en pensamientos religiosos y su ejercicio no te engañen; con mucha frecuencia ocupan el lugar de la espera en Dios. «Alma mía,

espera tú —tu verdadero e íntimo ser, con toda tu fuerza— en Dios solamente.» Dios es para ti; tú eres para Dios; espera solamente en El.

Sí, «alma mía, espera solamente en Dios». Vigila los dos grandes enemigos: el mundo y el yo.

Vigila para que la satisfacción o el gozo terreno, por inocente que parezca, te impida decir: «Iré a Dios, mi gozo supremo.» Recuerda y estudia lo que Jesús dijo acerca de negarse a uno mismo: «Niéguese a sí mismo.» Tersteegen dice: «Los santos se niegan a sí mismos en todo.» El agrandar al yo en las cosas pequeñas es apoyarlo en las cosas grandes. «Alma mía, espera solamente en Dios»; que El solo sea tu salvación y todo tu deseo. Di continuamente y con el corazón indiviso: «De ti procede toda mi esperanza. El solo es mi roca, mi refugio; no resbalaré.» Cualquiera que sea tu necesidad espiritual o temporal, cualquiera que sea tu deseo u oración del corazón, cualquiera que sea tu interés en relación con la obra de Dios en la Iglesia o en el mundo: en la soledad o en el tumulto del mundo, en el culto público o en el recogimiento de los santos: «Mi alma espera solamente en Dios.» Que tus esperanzas procedan sólo de El. «El solo es mi roca.»

«Mi alma espera solamente en Dios.» Nunca olvides las dos verdades fundamentales en las cuales consiste esta bendita espera. Si alguna vez te sientes inclinado a pensar que este «esperar sólo» es demasiado duro o elevado, estas verdades te harán recapacitar y te volverán a tu lugar. Estas dos verdades son: tu invalidez total; la suficiencia absoluta de Dios. Oh, penetra profundamente en la comprensión de la pecaminosidad total de todo lo que se refiere al yo, y no permitas al yo que diga nada ni un solo momento. Penetra en tu completa y permanente impotencia para cambiar nada malo en ti, o para dar el menor fruto espiritual bueno. Penetra en tu relación de dependencia como criatura en Dios, para recibir de Él, en todo momento, lo que El da. Entra más profundo todavía en su pacto de redención, con la promesa de restaurar más gloriosamente que nunca todo lo que habías perdido, y por su Hijo y por su Espíritu, darte en tu interior, sin cesar un momento, su verdadera presencia y poder divinos. Y de este modo el esperar en Dios será continuo y exclusivo.

«Alma mía, espera sólo en Dios.» No hay palabras para explicar, ni el corazón puede concebir, las riquezas de la gloria de este misterio del Padre y de Cristo. Nuestro Dios, en la infinita ternura y omnipotencia de su amor, quiere ser nuestra vida y nuestro gozo. ¡Oh, alma mía!, que no haya necesidad de repetir ya más las palabras: «Espera en Dios», sino que todo en mí se levante proclamando: «Verdaderamente mi alma espera en Dios. En ti espero todo el día.»

¡Mi alma espera sólo en Dios!

NOTA

Mis editores publicaron un libro de William Law, sobre el tema del Espíritu Santo: El Poder del Espíritu. En la Introducción al mismo ya he expresado cuánto le debo a este libro. Lo que este autor expresó con una claridad insuperable son estas verdades capitales:

1. Que la misma Naturaleza y Ser de Dios, como Poseedor y Dispensador único de la vida que hay en el universo, implica que El debe comunicar en todo momento a cada criatura el poder por el cual existe y, por tanto, mucho más el poder por el cual puede hacer lo bueno.
2. Que la misma Naturaleza y Ser de una criatura, debiendo su existencia sólo a Dios, e igualmente debiéndole en todo momento la continuidad de la existencia, implica que su felicidad sólo puede ser hallada en una dependencia incesante y absoluta, momento tras momento, de Dios.
3. Que el gran valor y bendición del don del Espíritu en Pentecostés, como fruto de la Redención de Cristo, es que ahora es posible para Dios el tomar posesión de sus hijos redimidos y obrar en ellos como hizo antes de la caída de Adán. Necesitamos conocer el Espíritu Santo como la Presencia y Poder de Dios en nosotros, restaurado a su verdadero lugar.
4. Que en la vida espiritual, nuestra gran necesidad es el conocimiento de dos grandes lecciones. La una es nuestra total pecaminosidad e invalidez: nuestra completa impotencia en cuanto al esfuerzo que podamos hacer hacia el mantenimiento y aumento de nuestra vida espiritual interior. La otra, es la infinita buena voluntad del amor de Dios, que no es nada más que un deseo de comunicarse El mismo y su bienaventuranza a nosotros, para cubrir todas nuestras necesidades, y en todo momento obrar en nosotros por medio de su Hijo y del Espíritu que necesitamos.
5. Que, por tanto, la esencia de la verdadera religión, sea en el cielo o en la tierra, consiste en una inalterable dependencia de Dios, porque no podemos dar a Dios otra gloria que el cedernos a nosotros mismos a su amor, que nos creó para manifestar en nosotros su gloria, a fin de que perfeccione ahora su obra en nosotros. No debo insistir señalando cuán profundamente estas verdades dan en la misma raíz de la vida espiritual, especialmente la vida del esperar en Dios. Espero que los que deseen profundizar más a este gran pensador tendrán más facilidad para hacerlo como resultado de la Introducción que escribí para su libro.

Tabla de contenido

MENSAJE DE FREDA HANBURY	2
SUMARIO DE UN MENSAJE DADO EN EXETER HALL	3
PREFACIO	4
DÍA 01: EL DIOS DE NUESTRA SALVACIÓN.....	6
DÍA 02: EL LEMA DE LA VIDA.....	8
DÍA 03: EL LUGAR PROPIO DE LA CRIATURA	10
DÍA 04: PROVISIONES.....	12
DÍA 05: INSTRUCCIÓN.....	14
DÍA 06: PARA LOS SANTOS.....	16
DÍA 07: UNA ORACIÓN DE RUEGO.....	18
DÍA 08: VALEROSOS Y DE BUEN ÁNIMO	20
DÍA 09: ESPERANDO EN DIOS Y TOMANDO ALIENTO	22
DÍA 10: ESPERANZADO EN DIOS EN HUMILDAD, TEMOR & ESPERANZA	24
DÍA 11: ESPERANDO EN DIOS CON PACIENCIA.....	26
DÍA 12: GUARDANDO SUS CAMINOS	28
DÍA 13: MAS DE LO QUE SABEMOS	30
DÍA 14: EL CAMINO HACIA EL NUEVO CANTICO	32
DÍA 15: ESPERANDO SU CONSEJO.....	34
DÍA 16: TENIENDO SU LUZ EN EL CORAZÓN	36
DÍA 17: ESPERANDO EN DIOS EN TIEMPO DE TINIEBLAS.....	38
DÍA 18: ESPERANDO LA REVELACIÓN DE DIOS	40
DÍA 19: ESPERANDO EN DIOS COMO JUEZ.....	42
DÍA 20: ESPERANDO EN DIOS QUE NOS ESPERA A NOSOTROS.....	44
DÍA 21: ESPERANDO EN DIOS EL TODOPODEROSO	46
DÍA 22: ESPERANDO EN DIOS LA CERTIDUMBRE DE SU BENDICIÓN	48
DÍA 23: ESPERANDO EN DIOS BIENES INESPERADOS	50
DÍA 24: ESPERANDO EN DIOS PARA CONOCER SU BONDAD	52
DÍA 25: ESPERANDO EN DIOS QUIETAMENTE.....	54
DÍA 26: ESPERANDO EN DIOS EN SANTA EXPECTATIVA.....	56
DÍA 27: ESPERANDO EN DIOS PARA REDENCIÓN	58
DÍA 28: ESPERANDO LA VENIDA DE SU HIJO	60
DÍA 29: ESPERANDO LA PROMESA DEL PADRE.....	62

DÍA 30: ESPERANDO EN DIOS CONTINUAMENTE.....	64
EN TODO MOMENTO.....	66
DIA 31: ESPERANDO EN DIOS SOLAMENTE	67
NOTA.....	69



Solicite este libro y muchos más en: <http://www.clie.es/>

Editorial Clie Ferrocarril, 8 08232 Viladecavalls (BCN) España Tel: (34) 93 788 4262 • Fax: (34) 93 780 0514 • e-mail: libros@clie.es

© 1981, 2008. Editorial Clie. Prohibida la reproducción parcial o total de esta obra. Versión en PDF solamente para consulta. Se prohíbe su venta o cualquier otra forma de lucro.
